

Brigitte
EN ACCION

Lou Carrigan

Aquellos días en Viena

Un técnico estadounidense ha inventado un artefacto llamado «Transmisor Mental», que sirve para ayudar en las transmisiones telepáticas. Naturalmente, hecho el invento hecha la envidia, y ciertas gentes se ponen en marcha para conseguir el aparato a toda costa.



Lou Carrigan

Aquellos días en Viena

Brigitte en acción - 78

Archivo Secreto - 190

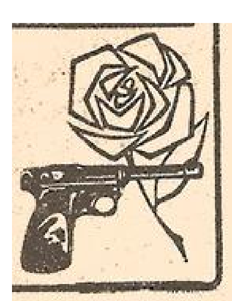
ePub r1.0

Titivillus 27.06.2017

Lou Carrigan, 1968
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





ARCHIVO SECRETO

Brigitte EN ACCION



Asesino y traidor

Stephen Kadman alzó la cabeza, contrariado, al oír la llamada a la puerta de su casita, en los suburbios más elegantes de Washington. La pura verdad era que no tenía el menor deseo de recibir visitas en aquellos momentos, y, de buena gana, habría ignorado la llamada, para seguir inmerso en su trabajo…

Pero Stephen Kadman no podía hacer esto, ya que, en cualquier momento, una llamada a su puerta podía significar algo muy importante. Mucho más importante todavía que sus trabajos técnicos para el Gobierno de los Estados Unidos de América. Tan importante como, por ejemplo, un mensaje de la CIA transmitido por vía personal.

Ahí estaba la cuestión. Si Kadman hubiese sido simplemente un técnico electrónico del Gobierno norteamericano, quizá no habría acudido a la puerta. Pero como, además de eso, era agente de la CIA en misiones estáticas de información nacional, no le quedaba más remeio que atender a su visitante, el cual, ciertamente, podía ser alguien de la CIA que tuviese algo sumamente importante y urgente que transmitirle.

De modo, pues, que Stephen Kadman fue a abrir. Y se arrepintió en el acto de haberlo hecho.

—Lucius… ¿Eres tú? —farfulló.

—Pues sí, soy yo —rio Lucius Terrell—. ¿Esperabas, quizás, a alguna chica estupenda?

—No tengo tiempo para esas tonterías. Estoy muy ocupado, te lo aseguro.

—Bueno… ¿Me permites pasar o no?

Kadman vaciló un instante. Por fin; no sin cierta desgana, acabó sonriendo. Verdaderamente, no habría estado bien que le diese con la puerta en las narices al buen amigo Lucius. Lo cierto era que Lucius le resultába muy simpático; tan alto, con aquella cara pecosa

de buen muchacho alegre y bromista, los ojos tan claros, la expresión siempre risueña… ¿Por qué no perder unos minutos alegremente con Lucius Terrell?

—Claro que te permito pasar… ¿Qué se te ha perdido por aquí, si puede saberse?

Lucius entró, se quitó el abrigo y los guantes y los tiró muy deportivamente sobre una de las sillitas del pequeño vestíbulo.

—Se me ha perdido un amigo —censuró—. ¿Qué demonios te ocurre, Stephen? ¡Hace siglos que no te veo!

—Hombre, no exageres… He tenido un trabajo intensivo estas últimas semanas, eso es todo. Y si he de serte sincero, todavía estoy muy ocupado.

—Bien… Admito que soy bastante inoportuno casi siempre, Stephen —murmuró Terrell—. Pero si lo he de resultar en demasía, puedo volverme por donde he venido. Es posible que encuentre a otro amigo dispuesto a invitarme a una copa.

—Pasa… —rio Kadman—. No es necesario que seas tan sarcástico. ¿Qué tal un *whisky* con hielo?

—¿Con hielo? —protestó Terrell—. ¡Brrr…! ¡Tú estás loco! Tomaré un *whisky* a secas. Y que no falte ni una gota. Oye, ¿a qué extraña cosa estás dedicado ahora?

—Mmm… Digamos que es un secreto profesional. Eh, eh, eh, haz el favor de no tocar nada. Me fastidia que revuelvan mis papeles. Esa es una de las causas por las que me divorcié, hace ya casi cuatro años.

—Estás en desventaja —rio Terrell—. ¡De mí no podrías divorciarte! Stephen Kadman también rio. Bueno, a fin de cuentas, quizá resultase un sedante la visita del simpático Lucius. La vida no es solo trabajar. Debe haber también tiempo para cosas diferentes… O, mejor dicho, la vida está llena de pequeñas cosas, entre medio de las cuales no hay más remedio que trabajar. Sí, quizá ese fuese el secreto de la felicidad: vivir alegremente y, de cuando en cuando, trabajar un poco, para llenar los ratos de ocio o aburrimiento. Este es el ideal.

—Te diré la verdad —murmuró Kadman—: en el fondo, estoy arrepentido de haberme divorciado, y… Pero, hombre, ¿cómo he de decirte que no toques nada, maldita sea?

Terrell dejó de fisgonear en los papeles que se veían sobre la

mesita situada en el fondo del rincón más acogedor del *living*. Los dejó escapar de su mano como si fuesen inmunda basura, y los señaló con un dedo.

—¿Esto es algo importante? —Menospreció cómicamente.

—Depende de cómo se mire.

—¡No me digas que son secreto de Estado!

—Algo parecido. Oye, ¿qué pasó con la chica aquella, la pelirroja de los dos lunares en un muslo?

—¿Alice? Querido, eso forma ya parte de mis recuerdos nostálgicos… Ahora tengo otra amiguita que… Es morena. Algo tremendo, te lo aseguro. Unos ojos así de grandes, negros como la noche. Y unas caderas increíbles… ¿Sabes una cosa que me tiene intrigado?

—¿Qué cosa?

—El hombre y la mujer.

Terrell tomó el vaso que le tendía Kadman, y se sentó en el sofá. Stephen Kadman se sentó a su lado, con otro vaso en una mano. Se quedó mirando con perplejidad a su simpático amigo, que estaba bebiendo con evidente placer el primer trago de *whisky*.

—No sé si te comprendo, Lucius… ¿Qué hay de intrigante en el hombre y en la mujer?

—Verás… Según entiendo, tanto el hombre como la mujer están hechos a imagen y semejanza de Dios…

—El hombre está hecho a semejanza de Dios —aclaró Kadman —. La mujer es… un complemento.

—De acuerdo, de acuerdo… Pero, a fin de cuentas, la mujer está hecha a imagen y semejanza del hombre, hasta cierto punto. Quiero decir que, en definitiva, las leyes biológicas coinciden notablemente en ambos… ¿No es cierto?

—Pues… Bueno, sí. Realmente…

—Yo entiendo ciertas diferencias entre el hombre y la mujer. Por ejemplo, la mujer es la encargada de escribir cartas a París pidiendo nenes. También se diferencia del hombre en ciertos pequeños detalles. Pero, en definitiva, insisto, son uno a imagen y semejanza del otro… ¿No estás de acuerdo?

—Supongo que, más o menos, es lo que tú dices —admitió Kadman.

—Entonces, yo me pregunto: ¿por qué los hombres son tan feos

y las mujeres tan lindas?

Stephen Kadman se echó a reír de buena gana. Realmente, Lucius tenía cada idea capaz de sorprender al más impávido de los mortales.

—No creo que debiera preocuparte la fealdad de los hombres, digo yo —rio, divertido.

—Además —admitió Lucius—, todo es relativo… Las mujeres son tan tontas, que hasta encuentran atractivos a los hombres… Pero, hablando de otra cosa, Stephen, ¿cómo van esos experimentos telepáticos en el Pentágono?

Stephen Kadman se quedó petrificado a medio reír. Sus ojos permanecieron fijos en los de su visitante.

—¿Cómo dices? —musitó.

—Oh, vamos, Stephen… Todo el mundo lo sabe: en el Pentágono se están realizando experimentos para comunicarse telepáticamente con personal situado en submarinos sumergidos bastante lejos de la costa… No es ningún secreto demasiado celosamente guardado.

—Quizás —admitió Kadman—. Pero… ¿qué te importa a ti todo esto, Lucius?

—No me importaría gran cosa si los experimentos se realizasen de acuerdo al plan inicialmente previsto. Esto es, de simple contacto telepático. Pero, según entiendo, tú has… ideado un aparato que facilita ese contacto telepático. Por supuesto, has partido de la base ya conocida de los electroencefalogramas. Es decir: de ese aparato que recoge las impresiones…, mmm…, cerebrales del paciente tras haberle colocado a este unos electrodos de percepción en diversos puntos de la cabeza. ¿Correcto?

—Lucius —musitó Kadman—, ¿quién te ha informado de esto?

—Lo sé, y eso basta. Dime, Stephen, ¿es cierto que has inventado un aparato que podría facilitar las comunicaciones telepáticas entre dos o más personas situadas a distancia, por importante que esta fuese?

—No creo que esto sea de tu incumbencia.

—Te equivocas —sonrió fríamente el simpático Lucius Terrell—. Lo es… Y mucho, Stephen.

Y mientras decía esto, sacó una pistola imponente, provista de un largo tubo silenciador. El arma quedó apuntando con firmeza

fuera de toda duda al corazón de Stephen Kadman, el cual quedó absolutamente atónito.

—Lucius… ¿qué estás haciendo? —Se tensó su voz.

—Te lo diré con claridad y con pocas palabras, amigo Stephen: quiero ese invento tuyo. Y, por lo poco que he visto, parece que está contenido en esos papeles que antes he examinado rápidamente.

—Bien… Supongamos que así sea… ¿Y qué?

—Bueno… Yo estoy convencido de que así es, de que ya has terminado prácticamente tu trabajo. Los pequeños detalles que falten podrán ser… añadidos por cualquier técnico electrónico de alguna categoría.

—¿Te has vuelto loco? —susurró Kadman.

—Por supuesto que no. La verdad es que pertenezco a una organización de espionaje privada llamada OPE. Y esa organización, Stephen, quiere tu invento.

—No puede ser verdad… Estoy soñando… ¡No puede ser cierto que tú seas un… un…!

—Un espía —rio Terrell—. Dilo sin miedo, Stephen. Solo que, al contrario que tú, yo no trabajo para Estados Unidos… Ni tampoco para otra potencia más o menos enemiga. Trabajo solamente para OPE, cuyas iniciales corresponden a las palabras *Our Private Espionage*.

—¿Nuestro Espionaje Privado?

—Efectivamente. Somos una especie de… agencia de compra y venta de secretos importantes, siempre relacionados con el espionaje. Una especie de CIA, solo que particular, buscando el máximo beneficio y provecho para sus… asociados y personal activo. En definitiva, Stephen: yo tengo que conseguir los bocetos de ese aparato tan importante que has inventado. No he venido a visitarte esta noche por casualidad, sino porque sabía que tenías poco menos que terminados tus informes sobre la posibilidad de utilizar la telepatía como medio de comunicación entre dos o varias personas, así como el aparato que facilitará esa comunicación telepática. ¿Crees que dará resultado?

—Es posible —replicó fríamente Kadman.

—Sí… Es posible. Y por eso mismo tengo que llevármelo todo, Stephen.

—¿Para qué?

—Seguramente nos interesará ese medio de comunicación que no se puede interferir ni evitar. Dos hombres, para comunicarse, precisan hablar, o escribir, o enviar mensajes por morse, por diversos sistemas de señales… Pero, hasta la fecha, no se ha sabido de nadie perteneciente al planeta Tierra que pudiera comunicarse a voluntad, telepáticamente, con otra persona. Si el aparato de tu invención facilita esa actividad, todo el mundo sufrirá un gran cambio. Ya no hará falta el telégrafo, la radio, las señales luminosas o de morse, los códigos cifrados… Lo único que hará falta será que una persona piense algo para que otra lo perciba dentro de su cabeza. En mi opinión, es la mejor clave secreta que jamás podrá ser inventada.

—¿Y…?

—Dime la verdad: ¿ha tenido éxito tu aparato?

—Adivínalo.

—Observo que piensas recurrir a la terquedad y a la incomprensión, Stephen. Es una lástima, porque de todos modos pienso llevarme tus bocetos, tus informes sobre los resultados de los mensajes telepáticos cambiados entre personal situado en el Pentágono y los situados en el fondo del mar… Todo. Me lo voy a llevar todo, Stephen. Pero a mi manera.

—No te lo llevarás de ninguna manera mientras yo esté vivo —masculló Stephen Kadman.

—Ah… Bien, eso tiene fácil arreglo, querido amigo… Plop… Plop… Plop…

Los tres disparos sonaron muy apagados, como chasquidos apenas; igual que tres botellas de champaña al ser descorchadas.

Stephen Kadman, ciertamente, no sufrió nada. Recibió ya la primera bala en el corazón. La segunda y la tercera casi quedaron tocando a la primera, las tres dentro de la vital víscera humana, animal. Con la primera, Stephen Kadman tenía más que suficiente para morir. Las otras dos se hundieron en un corazón ya detenido, inactivo, muerto.

Lucius Terrell guardó tranquilamente la pistola y se quedó mirando a su amigo, sin el más pequeño gesto de contrariedad, disgusto o pena. Ni, mucho menos, de remordimiento. Al fin y al cabo, Stephen Kadman había muerto porque… porque tenía que morir. Y ya está.

Quedó sentado en el sofá, vuelto hacia su «amigo» Lucius, con los ojos abiertos, la expresión entre sorprendida e irritada, rozando lo colérico. Lo cierto era que estaba muerto, y eso era todo.

Lucius Terrell estuvo mirándolo unos segundos, mientras apuraba sin prisas su vaso de *whisky*. Luego, antes de dejarlo sobre la mesita, limpió con todo cuidado las huellas dactilares que hubiese podido dejar. Después, se puso unos finos guantes negros, y se fue a la mesa, donde Kadman había estado trabajando. Sacó una pequeña cámara fotográfica con carga para sesenta fotografías, y varios suplementos pequeñísimos de *flash*, cada uno de los cuales, girando en lo alto de la pequeña cámara, servía para cuatro veces.

Durante cinco minutos, en el más completo silencio, Lucius Terrell estuvo dedicado, absorto, a obtener fotografías de todos los papeles que había sobre la mesa de trabajo de Kadman. No pasó por alto ninguno, incluyendo los arrugados o rasgados. Todos, absolutamente todos los papeles que había en aquella mesa, uno a uno, fueron microfotografiados.

Finalmente, tras asegurarse de que todo quedaba en orden y que ningún detalle podría acusarlo, Lucius Terrell se dirigió a la salida del acogedor *living*, donde Stephen Kadman había tenido por costumbre trabajar.

Ya no trabajaría nunca más.

Y mientras él yacía muerto, sentado en el sofá, Lucius Terrell, asesino y traidor, se alejaba tranquilamente de aquella bonita casa de los suburbios elegantes de Washington.

Capítulo Primero

—Señorita…

Brigitte Montfort, alias Baby, la espía más hermosa del mundo en todos los tiempos, alzó vivamente la cabeza, abandonando la lectura de aquel libro que parecía apasionante.

—¿Sí, Peggy?

—El señor Pitzer solicita ser recibido por usted. Dice que es importante y urgentísimo.

—Pues no le hagas esperar más. Por cierto… ¿han llegado hoy las dos docenas de rosas rojas?

—Sí, señorita.

—Estoy segura de que tanta amabilidad corresponde más bien a Simón que al antipático tío Charlie. Pero que pase, de todos modos. No es correcto hacer esperar a quien nos da órdenes.

—¿Le traigo la bata, señorita?

—No, no… Tío Charlie está acostumbrado a verme en prendas menores. Que pase ahora mismo.

Y se quedó tan tranquila, en sujetadores y pantaloncitos, esperando la entrada de Charles Pitzer en el saloncito coquetón y privado, decorado con el más refinado gusto, confortable, silencioso, de paredes insonorizadas…

Cicero, el diminuto perrillo chihuahua, lanzó uno de sus ridículos ladridos, y Brigitte le amenazó con un dedito.

—Ya sé que tío Charlie no te resulta muy simpático, querido, pero hay que ser educado. ¿Verdad que no ladrarás más?

El diminuto can dejó caer sus largas orejas, y quedó encogido en el sofá, cerca de la bellísima espía, que estaba allí con las piernas cruzadas y un libro sobre las rodillas.

Charles Pitzer, jefe directo de Baby en el sector de Nueva York de la CIA, apareció a los pocos segundos, con una cartera de piel negra bajo un brazo y cara de tener una prisa más que considerable.

—Buenos días, Brigitte. Tengo aquí una película que le interesará. Aparte de eso, la Central ha ordenado…

—¿Café, tío Charlie?

—No. La Central ha ordenado que Baby salga ahora mismo…

—Por lo menos, amado jefe, siéntese y tome asiento. Además, ha sido tan descortés que ni siquiera ha preguntado cómo estoy.

Pitzer suspiró profundamente, se sentó, y preguntó:

—¿Cómo está, Brigitte?

—*Muito bem. Obrigada.*

—¿Qué? ¿Cómo…?

—*Muito bem. Obrigada.*

—Vaya… ¡No me diga que está estudiando el idioma portugués!

—¿Por qué no? Y cuando ya lo sepa bien, me dedicaré a estudiar holandés. Así, querido tío Charlie, sabré todos los idiomas que se hablan en toda América. Para una espía, es esencial saber idiomas… ¡Y no me diga que el portugués no es importante!

—Sí… Sí, sí, ciertamente, es… muy importante… Muy importante, desde luego… Sí, sí…

Pitzer parecía haber perdido toda su prisa, y miraba ahora con la atención que merecía el espléndido cuerpo de la espía, que acabó por sonreír maliciosamente.

—*Está impressionado com alguma coisa*, tío Charlie? —rio.

—¿Eh…?

—*Acho que vocé é muito impressionável*… Quiero decir que es usted muy impresionable.

—Oh, bueno, sí… ¿Impresionable? Vaya, es posible. De todos modos, hijita, usted no puede culparme porque al verla yo tenga ideas muy personales.

—¿Por ejemplo…?

—Me gustaría… Ejem… Vaya, quiero decir que me gustaría quedarme a vivir una temporada en este apartamento como… amigo íntimo de la agente Baby.

—¡Ah! *Mas é que suas pretensões são muito, muito elevadas*, tío Charlie.

—Mire… No entiendo una sola palabra. De modo que le ruego que hable en inglés, Brigitte. Por favor,

—*De acordo, se assim quer*… Quiero decir que está bien, si así lo quiere *vocé*…, digo usted… Oh, bueno, me parece que me estoy

haciendo un lío espantoso. ¿Sabía usted, tío Charlie, que el portugués es un idioma muy fácil? Rafa tenía razón.

—¿Quién es Rafa?

—Rafa es… —Brigitte entornó los ojos—. Bueno, Rafa es un muchacho que conocí no hace mucho en Rio de Janeiro… Dijo que para quien sabe hablar español, el portugués le resultaría muy fácil de aprender… Y tenía razón. Le tengo preparada una sorpresa al buen Rafa para cuando volvamos a vernos. Pero, tío Charlie, por favor, dígame a qué ha venido.

—¿Yo? A nada… A verla.

—¿Solo a eso? —rio la espía.

—¿A qué más? Cuando un hombre la ve a usted… Oh, no… ¡No he venido a eso! ¡He venido para enviarla a Viena!

—Viena… Maravillosa, dulce, romántica ciudad… ¿Voy a ir allá de vacaciones pagadas por la CIA?

—Me temo que no. Tendrá que matar a un hombre, Brigitte. Quizás a más, si se le ponen las cosas difíciles. Pero, sobre todo, tendrá que matar al hombre que le indicaré. Lo demás, es cuenta suya.

—¿Por qué tengo que matarlo? —Brigitte encendió un cigarrillo lentamente—. Usted ya sabe que me resisto a…

—Esta vez —sonrió secamente Pitzer— no habrá piedad por parte de usted. O así lo creemos. Tanto la Central como yo, estamos convencidos de que no encontrará excusas para perdonar la vida a un hombre que ha matado…, que ha asesinado a un agente de la CIA.

Pitzer se quedó mirando fijamente a Brigitte. Sabía que si algo en la vida podía endurecer el corazón de aquella extraordinaria mujer era la noticia de que uno de sus compañeros había sido asesinado. Esto, y su inquebrantable tendencia a eliminar personas poco gratas en el mundo, eran las características más notables de la agente Baby.

Pero, contra lo que Pitzer esperaba, Brigitte no se alteró. Continuó fumando, tranquilamente, sin un parpadeo, sin que su mano temblase… Solo sus hermosos ojos azules llenos de luz parecieron quedar súbitamente congelados.

—¿Cómo ocurrió? —musitó ella.

—Fue un asesinato y una traición —machacó Pitzer.

—Dos cosas muy feas. ¿Quién es el… la víctima?

—Stephen Kadman. Estaba agregado a los estudios electrónicos del Gobierno respecto a la posibilidad de conseguir que pudiese haber comunicaciones telepáticas entre personas muy distantes. Usted ya sabe que se están haciendo pruebas desde el Pentágono a alta mar, con personal destinado en un submarino sumergido…

—Lo sé bien. No es un secreto bien guardado, precisamente.

—No… Cierto, no es un secreto bien guardado. Pero lo que sí es un secreto bien guardado eran los trabajos de Stephen Kadman, que, como le digo, además de agente de la CIA, era técnico electrónico con un destino en el Gobierno.

—¿Qué trabajos hacía Kadman?

—Estaba finalizando los últimos detalles de un aparato que recogía y ampliaba las ondas cerebrales. Según parece, ayer debía llevar el proyecto al Pentágono…

—Un momento, tío Charlie. Acláreme eso de la ampliación de las ondas cerebrales.

—Con gusto. Usted sabe que el poder telepático, esto es, la facultad de comunicarse unas personas con otras por medio del pensamiento solamente, es una realidad. Una realidad todavía discutida, pero que se está estudiando en serio. Suponiendo que esa facultad de la mente humana pudiera desarrollarse debidamente, yo no tendría ahora necesidad de estar aquí…

—¿No está feliz a mi lado, tío Charlie?

Pitzer soltó un fortísimo respingo.

—¿Feliz a su lado…? ¡Claro que sí! —gritó.

—Como dice que no tendría necesidad de haber venido a verme…

—No, no… Yo vendría cada día a verla si… Oh, se está burlando de mí, como siempre… Yo… Bueno, como le decía, esa facultad de la telepatía, que parece existir más o menos desarrollada en todos los humanos, sería algo sensacional, si se pudiese llevar a la práctica. Por ejemplo, insisto, yo podría estar ahora «conversando» con usted desde la floristería, tan solo enviándole mis pensamientos, comunicándome telepáticamente con usted…

—Ya sé lo que es la telepatía, tío Charlie. Lo que le he pedido es que me aclare eso de la ampliación de ondas cerebrales.

—Ah, sí. Bien… Bueno, Stephen Kadman estaba terminando, o

quizás había terminado ya, un aparato muy especial. Digamos que era como una corona de electrodos que, colocada sobre la cabeza de una persona con un mínimo de capacidad telepática, la aumentaba al mil por cien. De tal modo que los telépatas del Pentágono, una vez provistos de ese aparato adecuadamente colocado en sus cabezas, podrían efectivamente comunicarse con telépatas instalados muy lejos de Washington, los cuales, provistos también de un aparato idéntico, recogerían perfectamente los pensamientos de uno y otro. Es decir, que la conversación a distancia iba a ser un hecho consumado.

—Entiendo. Es un invento muy útil, ¿verdad?

—Bien… No sé hasta qué punto tendría aplicación en la vida normal, Brigitte. Si ese invento se explotase en serio, en pocos años quedarían suprimidos los teléfonos, las cartas, los telegramas, las radios… En cuanto a nuestro mundo en particular, el espionaje, imagínese la de facilidades que tendría un agente para transmitir cualquier mensaje. Solo tendría que pensarlo, enviarlo telepáticamente a su compañero más cercano. Sin radios o señales de ninguna clase. Sin riesgos, sin hacerse notar, sin que nadie se fijase en él…

—Entiendo, entiendo. Y voy concibiendo la esperanza de que dentro de unos pocos años Baby podrá espiar todo cuanto quiera sin moverse de este formidable apartamento. ¡Sería fabuloso, tío Charlie!

—Bueno… Eso no ha llegado todavía, Brigitte.

—Es una lástima —suspiró la bellísima, la divina espía—. ¿No le parece a usted que todo esto suena un poco a ciencia ficción, como esos libros de marcianos, de monstruos extraterrestres…?

—Me parece que no se lo está tomando en serio.

—Muy en serio. ¿Cómo se llama ese… aparato prodigioso?

—Transmisor Mental.

—¡Fantástico! Supongo que un día u otro será una realidad, tan sorprendente como la radio, el cine, la televisión, los trasplantes de corazón y los viajes a la Luna… Sí. ¿Por qué no? Cualquier día, eso de la telepatía y el Transmisor Mental, puede que llegue a ser una realidad. Mientras tanto, ocupémonos de ese asesino y traidor. ¿Se sabe algo sobre él?

—Todo. Un hombre llamado Lucius Terrell, que hace bastante

tiempo, era un buen amigo de Stephen Kadman.

—¿Están seguros de que ha sido él?

—Segurísimos. ¿Quiere que se lo demostremos?

—Por supuesto.

Pitzer abrió su cartera y sacó un pequeño proyector sonoro, que colocó sobre el sofá. Luego, un sobre mediano, de color amarillo, que dejó también cerca de las caderas de Brigitte, aprovechando la ocasión para echarles otro vistazo ávido. Finalmente, sacó una larga tira de microfilme, en negativo, listo para ser proyectado.

Mientras se dedicaba a preparar la máquina, explicó:

—Como le he dicho, Stephen Kadman era uno de nuestros agentes. Un agente estático, usted entiende, de esos que nunca se desplazan. Lo que se llama, en términos vulgares, un informador sin riesgo. Sin embargo, era un hombre previsor… Hasta el punto de que en su casita de los suburbios de Washington, precisamente en el *living*, que era donde acostumbraba a trabajar, tenía siempre a punto para funcionar una cámara con micropelícula y un pequeño magnetófono, ambos, naturalmente, camuflados, ocultos a la vista de cualquier visitante. Esos aparatos empezaron a funcionar a partir del momento en que, según parece, el visitante de Kadman sacó una pistola para amenazarle. Y a partir de ese momento, todo cuanto hizo Lucius Terrell quedó grabado y tomado en película. Véalo.

Primero, Pitzer puso en marcha un pequeño magnetófono. Luego, enfocó la cámara proyectora al suelo, donde sobre la blanca alfombra de lana de vicuña, comenzaron inmediatamente a aparecer las imágenes… Ciertamente, una alfombra no era el lugar más adecuado para servir de pantalla, pero Brigitte no necesitaba más para ir comprendiendo la escena, los acontecimientos.

Y así, pudo ver a Lucius Terrell y a Stephen Kadman, oírlos… Desde el momento en que el primero sacó la pistola hasta que abandonó la casita, la cámara y el magnetófono lo habían registrado todo. Cuando la proyección terminó, Brigitte apagó el cigarrillo en el cenicero.

—Es una película interesante, en verdad —comentó secamente.

—Supongo que ha observado la… inocente astucia de Lucius Terrell: microfotografió los diseños de Kadman, pero no se los llevó. Se supone que ha pretendido simular un asesinato más o menos vulgar, no relacionado con asuntos de espionaje.

—Ese hombre es un estúpido —dijo Brigitte, con una frialdad que estremeció a Pitzer—. O no está jugando todo lo claramente que demuestran esta película y la grabación. ¿Qué es exactamente eso de la OPE, o sea, Nuestro Espionaje Privado?

—No sabemos. Pero es fácil suponer que se trata de una organización particular de espionaje, no relacionada con los servicios oficiales de ningún país. No hay datos sobre ella. Sin embargo, presentimos que pretenderá vender a alguien lo que Lucius Terrell ha robado a Kadman. Quizás a Rusia. Podría ser la más interesada, y la que más dinero estará dispuesta a pagar por un adelanto científico de esa clase, aplicable, entre otras muchas cosas, al espionaje.

Brigitte, mientras escuchaba a Pitzer, había abierto el sobre de color amarillo, y había sacado de él unas cuantas fotografías, que eran copias ampliadas de algunas escenas de la película, así como de los rostros de Stephen Kadman y Lucius Terrell.

—Parece un hombre simpático —musitó.

—¿Terrell? Sí, lo parece, ciertamente.

—Pero es un traidor y un asesino… ¿Es norteamericano, naturalmente?

—Sí.

Baby asintió con la cabeza. Dentro del sobre había más papeles, que también examinó detenidamente, como olvidada de la presencia de Pitzer. Eran informes detallados al máximo sobre todos los datos que la CIA había podido reunir en menos de veinticuatro horas sobre Stephen Kadman, lo cual no había resultado difícil. Y sobre Lucius Terrell. También sobre las conclusiones y datos complementarios sobre la acción de Lucius Terrell en la casa de Kadman. En definitiva, una agente secreto no podía pedir mucho más para entrar en acción con todas las garantías de salir triunfante.

—Bien… —musitó, quince minutos más tarde—. Parece que solo tengo que localizar a Terrell en Viena y matarlo…

—Está localizado. Se ha instalado en una casa de la Ciudad Vieja, exactamente en el doscientos veintiocho de la Beckenstrasse. Uno de nuestros agentes, de los muchos que fueron avisados, lo vio salir de un *jet* que tomó tierra en el aeropuerto de Viena anoche mismo. Desde entonces, no lo ha perdido de vista. La está

esperando a usted.

—¿Para qué? —Se extrañó Brigitte—. ¿Acaso ese muchacho no sabe matar?

—La cosa es más sutil que eso, Brigitte. Queremos saber qué es eso de la OPE, y con quiénes negocian. Finalmente, esa organización de espionaje privada, debe ser completamente destruida. Es obvio que Lucius Terrell no es el único de sus miembros que está operando en Estados Unidos. Los queremos a todos.

—Entiendo. La cosa se ha complicado… ligeramente. ¿Este es mi pasaje de avión para Viena?

—Vuelo setecientos quince. Sale a las once de la mañana. Y son casi las diez. Tiene reservada una *suite* en el hotel Prater. Irá allá como periodista en… semivacaciones. Hay temporada de ópera. Disfrútela; envíe unos cuantos artículos al *Morning News*…, y, mientras tanto, como quien no quiere la cosa, destruya a Lucius Terrell y esa organización llamada OPE. Por supuesto, esperamos de la agente Baby que regrese con los planos del Transmisor Mental.

—¿Algo más? —ironizó Brigitte.

—Es suficiente.

—Todo muy facilito, en verdad… ¿Dice usted que Simón me está esperando en Viena? ¿Uno solo?

—Uno solo. Si esa OPE es… filial o algo parecido de la MVD, no queremos que queden en evidencia muchos de nuestros agentes en Europa.

—Solo la agente Baby.

—Es suficiente, ¿no? —Sonrió Pitzer.

—Bien… Hace tiempo que tengo ganas de ir a Viena. Espero que el repertorio de ópera sea interesante.

Capítulo II

Naturalmente, como siempre, Brigitte Montfort no tuvo ninguna dificultad en ser admitida en el país. Desde Canadá a China, pasando por España, Grecia o India, la agente Baby jamás tenía dificultades en ser admitida en cualquier país. Habría sido en verdad algo ridículo que una espía de su categoría internacional, de lujo, además, tuviese cualquier fallo de pasaporte o en cualquier otra clase de documentación.

Una periodista norteamericana, llegada a Viena para asistir a la temporada de ópera, siquiera fuese parcialmente, no tenía por qué ser mal acogida. Al contrario.

Así pues, Baby Montfort llegó a Viena, Austria, a primeras horas del día siguiente al de su entrevista con Pitzer. En esta ocasión, su equipaje no era precisamente de espía, es decir, reducido. Llevaba tres maletas, un enorme baúl, una máquina de escribir. Y, cómo no, un delicioso, simpático y colorido maletín rojo con florecillas azules estampadas, que, obviamente, dado el interés con que lo controlaba la bellísima pasajera, debía de contener lo más preciado de todo el equipaje: joyas, objetos personales, equipo de belleza… Y bien cierto era que cualquiera que se hubiese molestado en examinar tal maletín no habría encontrado en él nada de anormal o peligroso.

—Hotel Prater, por favor —dijo al taxista, en inglés.

El hombre la miró un tanto amoscado. Pero, a fin de cuentas, la petición inglesa de un hotel era muy fácil de entender, y la diferencia entre decirlo en alemán o en inglés era poco notable.

En media hora escasa, Baby se encontró en su *suite* del hotel Prater, ni más ni menos que en el corazón de Viena. Se veía nieve en las montañas cercanas, y por las calles había un leve manto blanco que iba engrosando a medida que la nieve descendía dulcemente sobre las calles vienesas. Un cielo gris-blanco parecía amenazar la ciudad probablemente más bella y representativa de la

vieja Europa.

Eso le parecía a Brigitte, al menos, mientras contemplaba la calle a través de los cristales de su ventana. Todavía tenía el equipaje cerrado, en el dormitorio. Se sentía triste, nostálgica, romántica…

Y, al mismo tiempo, la idea de que tenía que matar a un hombre fuese como fuere era como un cañonazo contra todos estos sentimientos. Matar, ciertamente, es lo más opuesto al romanticismo.

Durante quince minutos, se dedicó a deshacer su equipaje, que fue colocado en el armario con su habitual orden, con aquella perfección indiscutible de espía profesional. En cualquier momento, por mucho equipaje que llevase, la agente Baby era capaz de abandonar un hotel, una ciudad, un país, sin dejar el menor rastro.

Y una vez todo ordenado, echó el último vistazo: capas de piel, el abrigo de chinchilla, el de visón blanco, los vestidos de noche, los veinticinco pares de zapatos, ropa interior, prendas de abrigo… Perfecto. Todo perfecto.

Por tanto, podía llamar a Simón. Requirió de su rojo maletín la pequeña radio, y colocó sus mecanismos en la clave Europa-Viena. Fue sencillísimo para ella conseguir la comunicación.

—¿Simón?

—¿Quién llama? —respondió una voz de hombre.

—Solo una persona llama Simón a todos los agentes de la CIA que colaboran como auxiliares, Simón. ¿Sabe mi nombre?

—Por supuesto: Anastasia.

—La clave de respuesta es perfecta —sonrió Brigitte—. Espero que no le disguste hablar con Baby, en lugar de con Anastasia.

—Adelante, Baby —se oyó el suspiro de Simón.

—Hace un minuto que he quedado instalada en el hotel Prater. Parece que la cosa no debería precipitarse. Simón, pero no me gusta que un asesino y traidor esté vivo todavía. Ya han pasado las cuarenta y ocho horas que suelo conceder de plazo. ¿Dónde está él?

—Todavía no ha salido de la casa doscientos veintiocho de Beckenstrasse. Pero lo hará antes de las doce.

—¿Ha tenido algún contacto?

—Ninguno. Parece un hombre solitario. Su rostro es muy simpático.

—El del típico americano ingenuo y amable. Sin embargo, Simón, espero que no se deje engañar. Ese hombre, a menos que algo imprevisto demuestre lo contrario, ha asesinado fríamente a un compañero nuestro en Washington.

—Bueno… Puedo matarlo en cuanto usted quiera, Baby.

—No se ensucie las manos, que para eso está Baby en Viena… ¿Qué acostumbra a hacer el amigo Terrell?

—Es prematuro hablar de las costumbres de un hombre en una ciudad desconocida para él y a la cual ha llegado hace poco más de un día. Hacia las doce, ayer dio un paseo por Maria Theresien Platz, siguió por Burging, luego por Karl Luegerring, y almorzó en un bonito y típico restaurante vienés con vistas a Rathaus Platz. Luego, siempre paseando, volvió a la casa del doscientos veintiocho de Beckenstrasse, y ya no salió en el resto del día.

—¿Está esperando algo que ocurrirá, precisamente, por la tarde?

—Evidentemente. Es más: según todas las evidencias, nuestro hombre espera una visita en la casa que está ocupando. Me atrevería a jurar que el contacto deberá efectuarse en esa casa. Por la tarde, sin duda. O por la noche.

—Entiendo. Dígame una cosa, Simón: ¿es bonita esa plaza de Maria Theresien?

—¿Bonita? —exclamó Simón—. Escuche esto, Baby: en Viena todo es bonito. Cierto que hay anacronismos arquitectónicos; quizá, si mucho me apura, le diré que incluso hay incongruencias de estilos y sistemas. Pero… ¿bonito? ¡Por Dios, Baby, está usted en Viena!

—Voy a ordenar al servicio complementario del hotel que me alquilen un coche. Pero, mientras esto sucede, iré en un taxi a Maria Theresien Platz, para pasear por sus jardines… ¿Hay jardines?

—Está usted en Viena —insistió Simón.

—*Okay*, estoy en Viena —rio Brigitte—. Y creo que debo comportarme como una perfecta turista americana. Dentro de media hora como máximo estaré en la plaza de Maria Theresien, provista de una cámara fotográfica Maceys, botitas rojas para nieve y un abrigo de chinchilla. Espero ver allí a nuestro querido Lucius Terrell, para entrar en contacto con él. ¿Podrá reconocerme, Simón, por si algo saliese mal?

—La reconoceré sin duda alguna —aseguró Simón.

—¿Acaso me ha visto alguna vez?

—Nunca. Pero se dice que la agente Baby es la más hermosa mujer del mundo, Si eso es cierto, la reconoceré, por supuesto.

—Entonces —rio Brigitte—, hasta luego, Simón. Ah, llámeme si hay alguna novedad en lo que se refiere a los paseos de nuestro asqueroso asesino compatriota.

—Así lo haré. *Auf wiedersehen*.

—*Au revoire* —rio Brigitte, de nuevo.

Consultó su relojito, comprobando con satisfacción que tenía tiempo holgado para presentarse a aquella cita con Lucius Terrell. Una cita que, ciertamente, no estaba convenida con el asesino y traidor.

Una cita muy especial, provocada por la agente Baby.

* * *

Había palomas, algunas de ellas blancas. Símbolo de paz y cordialidad, casi de amor. Bajo el cielo gris, salpicado de diminutas manchas de nieve que descendían suavemente, la Maria Theresien Platz, uno de los más famosos lugares de la Viena antigua, tenía ese tono de luz gris que resulta romántica y suave.

El agua seguía brotando de las fuentes, y algunas palomas se acercaban a beber, con difícil vuelo, como si sus alas estuviesen congeladas por el frío.

Un bello espectáculo, que Lucius Terrell contemplaba con una amable sonrisa del típico americano jovial, entusiasmado con todo lo nuevo. Bien arrebujado en su abrigo, se acercó a la fuente, para contemplar más de cerca a las palomas. Había muy pocas, era una lástima.

Pero las pocas que había…

—¿Me permite una foto, señor? —Oyó tras él, en idioma alemán, aunque, ciertamente, muy mal pronunciado.

Se volvió rápidamente, casi sobresaltado. Y se quedó mucho más congelado que aquellas pacíficas palomas. Pero no de frío, sino de asombro. Del más puro asombro que jamás había experimentado.

Allí, ahora frente a él, con botitas rojas y un precioso abrigo de chinchilla, tenía a la más bella mujer que jamás, jamás, jamás, había tenido la felicidad de conocer. Parecía una muñequita soñada,

con aquellos grandes ojos azules, el gorrito blanco, los enormes ojos de un azul absoluto, de cielo tropical. Y una boquita que sonreía tímidamente, casi temblando los sonrosados labios, sin duda debido al considerable frío vienés. En sus manos tenía una cámara fotográfica, que se esforzaba en orientar hacia él, temblando de frío.

A Lucius Terrell le costó no poco esfuerzo salir de su sorpresa.

—¿Qué hace? —exclamó.

—Por favor, señor, voy a tomarle una fotografía… ¿Será usted tan amable? Con la nieve, las palomas… Y ese surtidor tan bonito.

Terrell tuvo el tiempo justo para alzar un brazo, ocultando así su rostro al objetivo de la cámara fotográfica, en el momento preciso en que se oía el suave «clic» del disparador.

La hermosa muchacha de los ojos azules se quedó mirándolo muy consternada.

—¿Qué ha hecho, señor…? —gimió—. ¡Una gran fotografía, una fotografía tan hermosa…!

Lucius Terrell caminó presurosamente hacia la chica de los ojos azules, y se quedó mirándola con furia mal reprimida.

—¿Qué es lo que pretende usted? —Gruñó.

Ella parpadeó, como asustada. Se disculpó mezclando inglés y alemán.

—Perdón… Perdón, *herr*. Lo siento… *sorry*
I'm
… De veras que lo siento mucho…

—¿Quién es usted, qué quiere…?

—Nada… Nada, de veras… Si hubiese sabido que tenía que molestarlo tanto… Solamente quería una fotografía para mi periódico. Me pareció usted el… el clásico vienés de rostro simpático, en la Maria Theresien Platz, y quise… tomar una fotografía, con la nieve, las palomas… *sorry, herr*
I'm
.

Terrell se encontró sonriendo, de pronto. Le hacía gracia el bellísimo rostro turbado de la muchacha de los ojos azules. Le hacía gracia lo mal que hablaba el alemán, mezclándolo con expresiones norteamericanas, de clarísimo acento. Le hacía gracia el frío que parecía tener, aquel miedo que sentía por haberlo molestado… A decir verdad, de aquella chica le hacía gracia todo.

—Temo haber sido un poco brusco —dijo en inglés—. Lo siento de veras, señorita.

Ella abrió mucho los ojos, mirándolo incrédulamente.

—¡Usted es norteamericano! —exclamó.

—En efecto —sonrió Terrell.

—Yo… Yo… yo-yo… ¡Yo también soy norteamericana!

—No me diga, no me diga —sonrió más ampliamente Terrell.

—¡De veras! Estoy aquí para… ¡Usted se está burlando de mí, señor!

—Bueno… No es esa mi intención, se lo aseguro. ¿Para qué está usted aquí?

—¡Para hacer algunos reportajes sobre la ciudad, sobre la temporada de ópera…! ¡Sobre todo lo que vea!

—¿Y le parece que yo merezco un reportaje?

—No sé… Pero al verlo junto a la fuente… Me pareció que usted tenía toda la compostura de un austríaco clásico, y con ese fondo de nieve y palomas… ¡Oh, qué tonta he sido! Pero no podía imaginar que usted fuese un compatriota…

—Ya ve: los norteamericanos estamos en todas partes. Por eso, en muchos sitios nos encontramos esos cartelitos que dicen «yankee go home». Opino, imparcialmente, que es cierto que resultamos un poco pesados al resto del mundo.

La muchacha rio quedamente, y Terrell empezó a pensar que, a fin de cuentas, aquel encuentro podía convertirse en algo muy agradable. Aquella risa femenina le pareció como una lluvia cálida que lo empapaba completamente, destruyendo el frío vienés, al que no estaba acostumbrado.

—¡Es usted muy simpático, señor!

—Y usted también —aseguró Terrell—. ¿Entiendo que es una periodista de mi país?

—Oh, sí… De Estados Unidos. De Nueva York. Parece que entiendo bastante de música, y he sido enviada… Temo que voy a aburrirle con mi charla, señor.

—No, no… Además, ya entiendo todo eso: temporada de ópera en Viena, un periódico importante, una linda melómana… ¿Está usted sola en Viena?

—Sí… Sí, desde luego. Perdone, señor… señor…

—Jack Kimball. Para servirla.

—Gracias. Yo me llamo Brigitte Montfort. Iba a rogarle, señor Kimball, que… que me tomase una fotografía junto a esa fuente… Ya que usted no quiere posar para mi periódico… ¡Oh, será estupendo, esa es la verdad! ¡Enviaré mi fotografía con los primeros artículos! Ya veo los pequeños titulares de una de las páginas interiores: «Brigitte Montfort, nuestra especialista en música, nos envía sus artículos sobre la temporada de ópera en Viena…». ¿Le importa complacerme al menos en eso, señor Kimball?

—¿Tomarle una fotografía? Con mucho gusto.

—¡Gracias! ¡Muchas gracias! Habrá comprobado que hablo muy mal el alemán, y temía no poder valerme por mí misma en esta ciudad. Claro que hablo italiano, un poco… ¿Estoy bien así?

Lucius Terrell sonrió, inclinada la cabeza sobre el visor de la cámara, contemplando a la muchacha de los ojos azules en el pequeño cuadrito de enfoque. ¿Que si estaba bien así? ¡Una chica como aquella estaría bien de cualquier modo! Era una delicia: la nieve como fondo, el surtidor medio helado, algunas palomas, aquel fino y elegante cuerpo cubierto por piel de chinchilla, los grandes ojos azules…

Apretó el disparador y alzó la cabeza.

—Fotografía tomada. Va a pasar usted a la posteridad. Espero que salga bien.

—Señor Kimball, no sabe lo agradecida que estoy con usted. Por favor, pídame algo. Algo que yo pueda hacer por usted.

—Bueno… —Sonrió Terrell—, me temo que soy muy ambicioso.

—¿Ambicioso?

—Como pago a mi trabajo de fotógrafo, yo le pediría dos cosas. Una, que almorzase usted conmigo. Dos, que me proporcionase una copia de la fotografía que acabo de tomarle. Comprendo que es mucho pedir, pero…

—¡Encantada, señor Kimball! —exclamó Brigitte—. ¡Encantada de ambas cosas! La verdad es que me encuentro desplazada en Viena… Y tener un compatriota para charlar es un lujo no previsto en los gastos de mi periódico. En cuanto a la fotografía, cuente con ella, naturalmente. ¿Dónde quiere que se la envíe?

—Pues… Creo que sería mejor que yo pasase a recogerla donde usted me diga.

—Como quiera. Hotel Prater… ¿Lo conoce?

—Será fácil encontrarlo. Por curiosidad: ¿adónde se dirigirá usted cuando termine su trabajo en Viena? ¿Regresará a Estados Unidos?

—No sé… Después de esto dispongo de un par de semanas de vacaciones. Había pensado recorrer la Costa Azul, Chamonix, Cortina D'Ampezzo, Roma…

—Hermoso itinerario. Pero quizá resultaría aún más hermoso si lo realizase en… agradable compañía. ¿No cree?

Brigitte Montfort se quedó mirando fijamente a Lucius Terrell. De pronto, parpadeó, como una niña entusiasmada, y acabó sonriendo deliciosamente.

—Supongo que tiene usted razón, señor Kimball… Pero ya le he dicho que estoy sola en Viena. Estoy sola en toda Europa.

—Yo también.

—Ah… Bueno, yo…

—¿Tiene usted coche?

—Todavía no. He pedido a la dirección del hotel que me alquile uno, pero hasta la tarde…

—Yo tampoco tengo coche. ¿Le importa que vayamos paseando? Conozco un restaurante en Viena donde… Bueno, digamos que el romanticismo y la civilización se han unido de un modo muy convincente. ¿O no acepta almorzar en mi compañía, señorita Montfort?

—Mi respuesta es sí, señor Kimball Y además, me pregunto por qué a los norteamericanos como usted hay que salir a buscarlos en el extranjero.

Lucius Terrell se echó a reír de buena gana. Tomó a Brigitte de un brazo y echaron a andar los dos, en gran armonía, muy satisfechos de aquel «maravilloso y casual» encuentro en Viena.

* * *

—¿Simón?

—Presente. ¿Qué tal lo ha pasado con nuestro hombre?

—Bastante bien. Pero lo habría pasado mejor si no hubiera estado pensando en todo momento que no hace mucho mató a uno

de nuestros compañeros.

—Su audacia me tiene escalofriado, Baby. ¿Qué se propone exactamente? Es peligroso estar tan cerca de la presa, ¿no cree?

—Sí… Es peligroso, ciertamente. Pero, Simón, no se puede cazar un león sin trasladarse a África. Y una vez en África, hay que acercarse lo máximo posible al león.

—Con riesgo de que ese león le arranque la cabeza de un zarpazo, supongo que sabe eso.

—¡Bah! Nuestro amigo Lucius Terrell es solo un cachorro. Yo quiero toda la manada de leones. Es decir, la OPE. ¿Está enterado de eso?

—No.

—Se lo contaré en otra ocasión. ¿Está vigilando a Terrell?

—Por supuesto.

—Siga ahí. Él está esperando algo, y quiero saber lo que es, y cuándo llega lo que sea que esté esperando. Es un hombre hábil, y no poco astuto. Se las arregló para enviarme al hotel en un taxi después de almorzar juntos… Supongo que está de nuevo en esa casa de la Beckenstrasse.

—En efecto. Una cosa, Baby: ¿no le parece que él ha aceptado muy fácilmente su compañía? Eso no es razonable en un espía que está esperando algo.

—Bueno… En esta ocasión, Lucius Terrell ha tenido dos buenos motivos para aceptar la compañía de una bella dama. Uno de esos motivos es precisamente que nadie esperará que un espía se complique la vida en un momento importante de su vida. Nada más inocente y normal que tener relaciones, aunque sean amistosas, con una mujer. Para el amigo Terrell yo soy una especie de máscara. Un americano que encuentra a una compatriota en Viena, y que no tiene inconveniente en salir con ella. Muy inocente y normal. ¿No le parece?

—Es muy astuto, ciertamente. ¿Cuál es la otra razón?

—Querido Simón, la otra razón es todavía más simple y comprensible que la primera: Lucius Terrell no tiene por qué dejar escapar a una hermosa chica norteamericana que le dice que está sola en Europa y que más adelante recorrerá la Costa Azul, Roma, los lugares elegantes de invierno en los Alpes… En mi opinión, Lucius Terrell sabe que va a cobrar una importante cantidad de

dinero por su trabajo en Estados Unidos, y ha pensado que una buena parte de esa cantidad puede disfrutarla en compañía de tan hermosa y divina damita conocida en Maria Theresien Piatz.

—Vaya…

—¿Quizá no le he parecido bonita, Simón?

—He conocido chicas más feas —rio el hombre de la CIA—. ¿Qué vamos a hacer a partir de ahora?

—Tengo solicitado un palco para la Ópera, para la función de esta noche. Sin embargo, espero disponer de tiempo para vigilar estrechamente a Terrell. Él lleva ya un día de espera en Viena, y eso no me parece prudente por su parte, ni por parte de esa organización de espionaje privado llamada OPE. Por tanto, cabe esperar que el contacto de Terrell con los compradores del microfilme con los bocetos del Transmisor Mental ya hayan sido avisados, y se pongan muy pronto en contacto con él. Quizás esta misma noche.

—¿Y usted estará en la Ópera? Breve titubeo.

—Bueno… Todavía queda tiempo para eso, Simón… De momento, usted siga vigilando a Terrell. De aquí a las seis de la tarde, yo voy a representar el perfecto papel de periodista interesada en la temporada de ópera vienesa. Si a las seis de la tarde no he tenido noticias de usted, visitaré personalmente el doscientos veintiocho de la Beckenstrasse, a ver si consigo enterarme de algo sustancioso.

—Esa casa puede ser una trampa —musitó Simón.

—No sea desconfiado —rio Brigitte—. ¡Parece usted un espía, Simón! Cerró la radio, apagó el cigarrillo en el cenicero de la mesita de noche y se volvió hacia el armario, abierto de par en par… Se encontraba, realmente, ante un difícil problema: ¿qué vestido iba a ponerse aquella tarde?

Capítulo III

El pequeño *coupé* azul oscuro de la Volkswagen germánica, se detuvo finalmente en una esquina de Beckenstrasse, una manzana antes de la en que en se hallaba el número doscientos veintiocho. Hora: las seis y diez minutos de la tarde. Es decir, de la noche. La noche vienesa, gris, oscura, fría… No nevaba, pero el cielo tenía el tono lechoso que presagiaba una copiosa precipitación blanca. Sobre el asfalto brillaban todavía los últimos copos caídos durante la tarde, convertidos en agua fría, que los coches salpicaban al pasar, lentamente, evitando el temido patinazo.

Hacia el sur, al fondo, estaba la Helden Platz, y a su derecha, bien iluminado, el Parlamento, con fachadas a Helden Platz, Maria Theresien Platz, Rathaus Platz y el Wienerwald. Más al fondo aún, más hacia el sur, como algo lejano, irreal, la mole del Palacio de Muestras. Posiblemente, todo muy animado todavía a las seis de la noche.

Pero allí, en una de las calles del Schottenkirche, todo estaba mucho más tranquilo y silencioso.

Dentro del pequeño y velocísimo modelo de la Volkswagen, la agente Baby estaba llamando a su compañero de apoyo en aquella misión que le había llevado al mismísimo corazón de la vieja Europa.

—¿Simón?

—La estoy viendo.

—¿Tanto destaco?

—Bueno… Es solo que la he podido reconocer gracias a mis prismáticos especiales.

—Oh… Magnífico… ¿Alguna novedad?

—Ninguna. Nuestro hombre sigue encerrado en su cubil, esperando.

¿Qué ha hecho usted esta tarde?

—He comprado algunas cosas, he revelado unas cuantas fotografías, he pasado… Ah, y también me he ocupado de trabajos periodísticos, ciertamente.

—Admirable —ironizó Simón—. ¿Tiene alguna idea para que podamos entrar en acción? Creo que voy a morir en esta misión, pero será de puro frío. Yo soy del sur de California, casi mejicano, en realidad.

—Pues lo siento. A mí, la verdad sea dicha, tampoco me gustan estos climas, pero…

—Acaba de detenerse un coche, Baby. Usted no lo ve desde ahí porque lo tapa la esquina.

—Veo la esquina, Simón. Pero no veo…

—Es en el otro lado. El coche ha quedado detenido a ese lado de la casa. Se apean un hombre y una mujer… El coche sigue… Da la vuelta… Se va. Ahora verá usted a los dos personajes, están a punto de doblar la esquina… ¡Ahora!

Brigitte miraba hacia la esquina indicada por Simón, opuesta a la más cercana a ella. Pudo ver dos sombras, una de hombre y otra de mujer, ciertamente, pero eso fue todo. Solo sombras. Demasiado lejos para ella. Además, quizá no fuesen a la casa donde estaba Terrell… Lo mejor sería recurrir a sus propios prismáticos de visión nocturna…

Demasiado tarde.

Pero muy conveniente. El hombre y la mujer habían entrado en la casa número doscientos veintiocho de la Beckenstrasse, sin llamar. Simplemente, con llave propia, habían abierto la pequeña cancela que daba al jardín. Cuando Brigitte miró con sus prismáticos especiales, la pareja estaba entrando en la casa. La puerta se cerró a sus espaldas.

—Simón…

—Aquí. ¿Cree que puedan ser los compradores?

—No lo sé. Pero voy a enterarme. Permanezca donde está, dispuesto a entrar en acción.

—¿Qué piensa hacer? Es absurdo correr riesgos innecesarios, Baby. Los tenemos ahí, acorralados. Solo hay que…

—Si quisiera atrapar solamente a Lucius Terrell, él ya estaría muerto, Simón. En cuanto a los compradores no me interesan de modo especial… No tanto, al menos, como me interesa la OPE. Le

repito que quiero toda la manada, no un solo león. Hasta luego.

Cerró la radio, se la puso en un bolsillo del abrigo y abrió su maletín, del cual extrajo un micrófono adhesivo y supersensible y el receptor grabador sincronizado con el mismo. Guardó estos dos pequeños aparatos en el otro bolsillo del abrigo y salió del coche, caminando resueltamente hacia la esquina. Entró en aquella calle, mirando hacia la verja que rodeaba la casa. La OPE, al parecer, trabajaba bien: nada de apartamentos, hoteles o edificios multihabitados: una casa sola, de dos plantas. Discreta, apartada…

Pero eso, a veces, es también un riesgo.

A veces, una espía bien entrenada, incluso envuelta en un abrigo de chinchilla, puede saltar las verjas y caer silenciosamente en el jardín, como un felino.

Cuando menos, así ocurrió en esta ocasión. Y una vez en el jardín, Baby se deslizó velozmente hasta cobijarse bajo la sombra de un frondoso castaño. Desde allí, examinó atentamente la casa. Parecía que no había luz en el piso inferior, pero sí la había en una ventana del piso superior, precisamente enfrente de ella, a quince pies de altura.

La fachada de la casa no era imposible de escalar. Gruesas piedras que sobresalían en sus junturas, y una enredadera seca que ascendía. Esto, para Baby, era poco menos que una escalera comodísima.

No vaciló ni un instante. Afortunadamente, aquella fachada daba a la calle lateral, por el lado donde el jardín era más frondoso. Y una vez colocada junto a la ventana, la propia luz de esta la dejaría a ella más inmersa todavía en la sombra, cegando a quien mirase hacia allí.

En quince segundos, Baby Montfort se encontró a quince pies de altura, descalza, firmemente asentados sus pies en uno de los salientes, junto a la ventana. Asomó la cabecita un instante, pero no pudo ver nada, pues las cortinas estaban corridas. Sin embargo, quizá sí podría oír. Sus pies empezaban a helarse sobre la piedra, pero esa era una de las molestias menores en la vida de Baby.

Muy cuidadosamente, aplicó el micrófono al cristal, dejándolo adherido. Luego, sacó el pequeño receptor, tiró de una placa rectangular del tamaño de un chicle corriente, que estaba unida por un hilo al receptor, y se la aplicó al oído.

Voilá… *Baby* en funciones.

* * *

—¡Tanto retraso! —exclamó Terrell en alemán.

—Cálmese, Terrell —contestó el hombre, también en alemán—. No hay por qué impacientarse. Ya pasamos aviso a un agente soviético, que, a su vez, como es lógico, tendrá que pedir instrucciones… Y dinero. Los rusos son mucho más desconfiados que los americanos, usted debe de saber eso. Es posible que antes de llamarnos se dediquen a vigilar un poco este asunto, a pedir informes a Estados Unidos, a sus agentes de allá, respecto a la veracidad del robo de los diseños de ese Transmisor Mental. No estamos tratando con novatos, precisamente.

—¿Entiendo que ellos llamarán al Quince para cerrar el trato?

—No, no, no… Recibieron una pequeña radio, con la cual pueden llamarnos a su comodidad. No vamos a ser tan locos de entregar la dirección de nuestro cuartel general a nadie. Absolutamente a nadie. Y esperamos que usted tenga eso siempre en cuenta.

—Por supuesto —gruñó Terrell—. Pero, en definitiva, yo tendré que tratar personalmente con los espías soviéticos, ¿no es así?

—Si aceptan comprar el microfilme, sí, naturalmente. ¿Acaso tiene miedo, Terrell?

—No… No, no. La cosa no acaba de gustarme, pero no veo por qué he de tener miedo. A fin de cuentas, a los rusos les interesará la compra, y espero que serán… amables conmigo.

—Sin duda alguna. No les interesará enemistarse con una organización que en un momento dado podría serles incluso de mayor utilidad. No hay que preocuparse por ello.

—¿Ellos vendrán aquí, a esta casa?

—Así es. Pero tampoco eso debe preocuparle, ya que esta casa, como un par más que tenemos a punto en Viena, quedará anulada de nuestros servicios… Oh, vamos, Terrell, todo va a salir bien. Los rusos vendrán, le comprarán el microfilme y se irán. Eso será todo.

—¿Cuánto les hemos pedido?

—Quinientos mil dólares.

—No está mal… Como siempre, el diez por ciento será para el

agente que ha conseguido el botín, supongo.

—Sin duda. Cuente usted con sus cincuenta mil dólares. Podrá ingresarlos en un banco de Suiza, si así le place. Después, tras una estancia más bien larga en Europa, podrá volver a Estados Unidos para continuar trabajando. A menos, claro está, que allá sepan que usted…

—¿Por quién me toma? Podré volver cuando quiera a Estados Unidos. Ya tenía proyectado este viaje a Europa desde hacía un par de semanas, y quienes me conocen lo saben. Nadie tiene por qué desconfiar de mí respecto a lo sucedido a Stephen Kadman. Ya tuve buen cuidado de notificar a nuestro círculo de amistades que aquella noche no estaría en Washington… Además, nadie me vio, cstoy seguro. Kadman era un lobo solitario. Fue fácil todo, en realidad.

—Mejor así.

—Creo que tardaré algunas semanas en regresar a Estados Unidos —sonrió Terrell—. ¿Hay algún inconveniente en que después de cerrado el trato con los rusos me dedique a pasar una temporada de vacaciones por la Costa Azul, Chamonix…?

—Ningún inconveniente. En definitiva, Terrell, todo va bien, y esperamos que no se malogre el asunto… Quédese con la radio de bolsillo, por si algo imprevisto sucediese. Pero por nada del mundo se acerque al Quince. Espero que esto quede bien claro.

—Descuide, *herr* Weissermann.

—Y no se relacione con nadie en Viena —dijo, de pronto, la mujer. Lucius Terrell la miró alarmado.

—No… Por supuesto que no.

La mujer ladeó la cabeza y sus grandes ojos verdes se entornaron. Era muy alta, pelirroja, de cuerpo espléndido… Sobre la cama del dormitorio se veía su abrigo, a cuadros grandes, junto a la gabardina acolchada de Lukas Weissermann. Este se hallaba en pie, cerca de Terrell, que estaba sentado en la cama.

Anna Bauer estaba sentada en un silloncito del destartalado dormitorio, muy mal amueblado, ciertamente.

Era evidente que aquella casa era utilizada tan solo en pequeños asuntos, y que sería definitivamente abandonada a la menor dificultad que representase.

—No lo ha dicho con mucha seguridad, Terrell —musitó Anna.

—Bueno… A veces es inevitable hablar con alguien.

—Explíquese… ¿Nos está diciendo que se ha relacionado con alguna persona de aquí, de Viena?

—No es eso… Camareros, un par de chóferes de taxi…

—¿Eso es todo? —Sonrió Weissermann.

—Claro. Eso es todo. Espero que no…

—Siga así. Nos había alarmado, Terrell… Bien… Parece que ya no hay nada más que hablar. Respecto al microfilme, todavía no nos lo ha enseñado, pero eso no tiene importancia. A nosotros, a la OPE, no nos interesan los descubrimientos técnicos o científicos para otra cosa que no sea negociarlos. Además, eso del Transmisor Mental parece una… estupidez.

—Stephen Kadman estaba seguro de que iba a ser un éxito.

—Pues mejor para los rusos… Y para nosotros, que cobraremos quinientos mil dólares americanos. Esperamos que sepa conservar en lugar seguro el microfilme, Terrell.

—Sin duda alguna —sonrió el traidor y asesino.

—Pues eso es todo. —Weissermann tendió su diestra—. Quede a la espera de nuestro aviso sobre la llegada de los rusos. Esté siempre atento a la radio que le he entregado.

—En todo momento. *Auf wiedersehen, herr Weissermann*.

—*Auf wiedersehen.*

Anna Bauer se había puesto en pie y también tendía su mano al americano, que se apresuró a estrecharla, un poco estremecido al recibir en los suyos el maligno impacto de los verdes ojos de la austríaca. Era muy hermosa, ciertamente, pero había algo en sus ojos que estremecía profundamente. Algo… Sí. La muerte. Anna Bauer parecía, si miraba de aquel modo, muy capaz de matar, sin piedad alguna.

—Espero, Terrell, que continúe su vida aislada en Viena. No olvide esta… medida de seguridad.

—No la olvidaré, *fraulein*. Le aseguro…

* * *

Afuera, la agente Baby estaba ya guardando su receptor. Era obvio que los llamados Weissermann y la tal *fraulein* iban a salir de la casa muy pronto. De modo que convenía una rapidísima retirada.

Guardó el receptor y el micrófono, e inició el descenso, con los pies tan helados ya, que ni siquiera tenía en ellos tacto suficiente para notar las piedras en las cuales los apoyaba.

Llegó abajo sin novedad, de cara a la fachada, sujetándose todavía en la seca enredadera… y una mano cayó sobre su boca, mientras un brazo rodeaba fuertemente su cintura. Por un instante, la agente Baby quedó petrificada de espanto y sorpresa, mientras una voz desconocida, de hombre, empezaba a susurrar en su oído, en alemán:

—Los paseos nocturnos…

El codo derecho de Brigitte salió disparado fuertemente hacia atrás. Se oyó el gemido del hombre, y las manos que sujetaban a la espía internacional aflojaron un instante su presión. Lo suficiente para que los blancos y menudos dientes de Baby se clavaran ferozmente en la mano que tenía ante la boca. El hombre volvió a lanzar otra exclamación de dolor y sorpresa, retirando vivamente la mano. Brigitte asió con las dos suyas el brazo que todavía sujetaba su cintura, y giró verticalmente sobre sí misma, en graciosa pirueta casi de *ballet*, lanzando al hombre contra la pared de la casa.

Lo esperó al rebote, recibiéndolo con un golpe de karate de su descalzo pie derecho, que acertó al hombre en un costado, enviándolo rudamente de nuevo contra la pared. Brigitte esperó el nuevo rebote… Tenía que alcanzar a aquel hombre en la mandíbula, para dejarlo inmediatamente fuera de combate.

Solo que esta vez el hombre, pese a sentir las costillas como prensadas, supo reaccionar mejor, adaptarse mejor a aquella pelea que le había sorprendido no poco en sus comienzos.

Rebotó, efectivamente, pero desviándose a un lado. Así, el pie de Brigitte no acertó su objetivo, y, en cambio, durante la fracción de segundo que estuvo en alto fue una presa muy tentadora para el desconocido, que lo asió con ambas manos y tiró hacia arriba, obligando a Brigitte a saltar hacia atrás, de espaldas.

Una caída que podría haberle costado alguna fractura ósea y, por consiguiente, la pérdida de la pelea, si la internacional espía no se entrenase diariamente. Así, giró en el aire, en una agilísima torsión, y cayó de bruces, deteniendo el golpe con las manos. Al mismo tiempo, su otro pie salía lanzado hacia el rostro del enemigo, acertándole de lleno en la boca.

Se oyó el crujir de dientes, la maldición en alemán. Brigitte se puso inmediatamente en pie, libres sus pies, y se acercó al hombre, que estaba de rodillas, con una mano en la boca y la otra metida bajo su abrigo.

La pistola brilló un instante, en un tono frío, lívido, en la mano del hombre. Un puntapié la desvió justo cuando se oía el apagado «plop» del silencioso disparo. Debido al golpe en su mano, el hombre se tambaleó, desequilibrado… Y Brigitte Montfort, alias Baby, pasó velozmente a su espalda. Un golpe de karate en los riñones dejó al desconocido enemigo como petrificado, igual que si el aire se hubiese convertido en materia sólida en todo su cuerpo. El brazo derecho de Brigitte rodeó el robusto cuello por la garganta. La mano izquierda se apoyó en la cabeza, en la parte de la coronilla, y apretó hacia adelante, en un intento de romper aquel fortísimo cuello, que resistió su presión, con el agravante de que el hombre se estaba recuperando rápidamente.

Fallido su intento de matar inmediatamente al desconocido, la espía se resignó a perder algunos segundos más, sin abandonar su presa. La mano izquierda sujetó con fuerza la derecha, en una presa de cierre, y el primer tirón hacia atrás, fortísimo, obligó al hombre a gemir, roncamente, en el principio brusco de la asfixia.

Sin embargo, todavía pudo ponerse en pie, tambaleante, llevando colgada de su cuello, en la espalda, a la más tenaz y eficiente estranguladora de todos los tiempos. La presa, Baby lo sabía muy bien, era indestructible: había pasado años perfeccionándola. Y siempre le había dado buenos resultados.

Tampoco aquella vez falló. El hombre cayó enseguida, nuevamente de rodillas. Sus manos se hundían frenéticamente en el suave pelaje de chinchilla, arañando, tirando de la manga del abrigo… Pero aquel fino bracito de acero estaba ya hundido irremisiblemente en su garganta, y en menos de cinco segundos los esfuerzos del hombre perdieron su violencia, su energía. Pasados los cinco segundos, comenzó a relajarse, hasta que, por fin, sus manos colgaron flojamente, y el cuello perdió su rigidez defensiva. El cuerpo también se relajó, pareció ablandarse, desmoronarse… Se venció hacia atrás, aprisionando debajo a la espía internacional, que todavía continuó apretando durante diez segundos más.

Lo soltó de pronto, se arrodilló a su lado y le puso una mano en

la carótida. Fin. La muerte había llegado.

Jadeando, Brigitte se puso en pie, y fue rápidamente adonde había dejado sus zapatos. Se los puso, fue a la verja, la escaló a toda prisa y saltó fácilmente al otro lado.

Pocos segundos más tarde, se metía apresuradamente en su coche, lo ponía en marcha y se alejaba de allí, accionando la radio.

—¿Simón?

—¿Dónde está, Baby? La pareja ha salido, van…

—He matado a un hombre, Simón. Ahora mismo, hace unos segundos. —Se oyó la exclamación del espía—. No he tenido más remedio; iba a disparar contra mí. Pero esto complicará mucho las cosas, Simón. Ellos se irán ahora de esa casa, naturalmente, de modo que quiero que los siga, y me diga adónde van ahora. Sobre todo, no pierda de vista a Lucius Terrell. Él va a ser el encargado de vender el microfilme con los diseños del Transmisor Mental a los rusos. Han pedido quinientos mil dólares por ese microfilme.

—Pero ¿qué ha ocurrido?

—Escalé la pared y les oí perfectamente, con un micrófono. Al descender, había un hombre esperándome. ¿Usted no lo vio entrar en el jardín de esa casa?

—¡Claro que no! Si lo hubiese visto…

—Ya sé, ya sé… Debió de entrar por la parte de atrás, no sé… Lo que más siento es que hemos espantado la caza. Ahora ellos se irán velozmente de esa casa, en cuanto encuentren a ese hombre. Por favor, Simón: no me pierda de vista a Lucius Terrell.

—Lo intentaré. Las cosas se han complicado, Baby.

—¡Ya lo sé! Pero no vamos a resignarnos a perder la pista, supongo.

—Claro… Confíe en mí. La llamaré cuando sepa algo.

—Estaré esperando en mi hotel. Procure llamarme antes de la hora de la función.

—¿Qué función?

—¡La ópera de esta noche! Adquirí un palco en abono para cinco días.

—¿Piensa ir a la Ópera después de…?

—Naturalmente que pienso ir, si las circunstancias lo permiten. Yo soy una periodista. ¿Lo ha olvidado? Y he venido a Viena precisamente para asistir al Festival de Ópera.

—Claro. De acuerdo. Haré cuanto pueda, Baby.

—Llámeme en cuanto sepa algo, siempre y cuando sea antes de la hora de la función.

—*Okay*. ¿Usted está bien?

—Sí, sí… Hasta luego, Simón.

Cerró la radio, la guardó y suspiró profundamente.

Desde luego, había tenido una relativa suerte. Cierto que la caza iba a dar una estampida del 228 de la Beckenstrasse, pero Simón los seguiría, seguro…

Habría sido mucho peor que Lucius Terrell hubiese podido verla. Entonces sí que habría estado todo perdido.

Pero, por fortuna, aunque la caza se espantase, Terrell jamás podría relacionar a aquel hombre estrangulado con la dulce, hermosa y simpática señorita Montfort, de Nueva York, USA…

* * *

Weissermann señaló el cadáver al atribulado, asustado, palidísimo, Lucius Terrell. En pie junto al hombre estrangulado, estaba Anna Bauer, mirando de aquel modo maligno al americano.

—No comprendo —tartamudeó Terrell—. ¿Qué ha pasado?

—Schultz conducía nuestro auto, Terrell Cuando Anna y yo subimos a verle, él quedó encargado de llevar el auto a la parte de atrás y luego echar un vistazo alrededor de la casa. Está bien claro que alguien le sorprendió. Alguien que estaba vigilándonos…

—No —dijo fríamente la Bauer—. Yo creo que las cosas han sucedido al revés, Lukas. Schultz no tenía por qué entrar en el jardín. Si lo hizo, fue porque vio a alguien dentro. Fue él quien sorprendió a nuestro visitante, pero hubo una pelea en la que él llevó la peor parte. Lo han estrangulado. Con una presa de antebrazo, en presión doble. Es un procedimiento que yo he utilizado un par de veces. Quien haya hecho esto es una persona muy peligrosa.

—Pero no comprendo —insistía Terrell—. No comprendo nada…

—Pues está bien claro, Terrell: alguien le conoce a usted, le ha estado siguiendo, vigilando.

—¿A mí? ¡Imposible! ¿Por qué no a ustedes?

—Descarte esa posibilidad. Llevamos mucho tiempo en Viena, dirigiendo el cuartel general de la OPE. Jamás hemos tenido aquí el menor contratiempo. Si alguien nos vigila ahora es porque le siguieron a usted desde Estados Unidos.

—¡Pero eso es imposible!

—Pues no hay otra explicación…

—Hay que entrar el cadáver en la casa —dijo fríamente Anna Bauer—. No podemos dejarlo aquí.

—¡Pero no voy a quedarme en esta casa con un cadáver!

—Descuide. Usted se irá de aquí dentro de unos minutos. Le indicaremos otro lugar. Pero Anna tiene razón: hay que entrar el cadáver en la casa. Nadie entrará en ella, de modo que podremos esperar el momento oportuno para llevarnos a Schultz. Ayúdeme, Terrell.

Alzaron el cadáver entre los dos y lo entraron en la casa. Lo subieron al piso superior, lo dejaron en una de las habitaciones y cerraron la puerta…

—Un momento —musitó la Bauer—. Quiero ver algo, Lukas. Abre.

La puerta fue abierta de nuevo. La pelirroja de los ojos verdes dio la luz del cuarto. Luego, se arrodilló junto a Schultz, y se quedó mirando sus manos, cerradas fuertemente, en la última crispación.

No sin esfuerzo, Anna Bauer abrió una de aquellas manos. Tomó algo que había en ella, y lo colocó en la palma de su izquierda, mostrándolo a los dos hombres.

—¿Qué es eso? —musitó Terrell.

—Es algo que concuerda perfectamente con las marcas que vi en el jardín, sobre la nieve y bajo un castaño. Eran marcas de zapatos de mujer. En cuanto a eso, o mucho me equivoco, o es pelo de un abrigo de chinchilla. Schultz arañó mientras lo estrangulaban, y pudo arrancar esto de un abrigo o chaquetón de chinchilla.

Lucius Terrell palideció intensamente.

—De chinchilla…

—¿Qué le ocurre, Terrell?

—Yo… ¡Oh, no puede ser, no…!

—¿Qué es lo que no puede ser? —entornó sus felinos ojos la pelirroja.

—Yo he… Bueno, antes les mentí, porque me pareció que… que

no tenía importancia… Lo cierto es que esta mañana conocí a una mujer que… que llevaba abrigo de chinchilla.

—¿Quién es ella? ¿Cómo la conoció?

—Es periodista. Una compatriota mía que está en Viena para enviar a Nueva York artículos sobre la temporada de la Ópera…

—Por todos los demonios… —masculló Weissermann—. ¡Usted es un cretino, un estúpido! ¿Cómo la conoció, qué habló con ella…?

Lucius Terrell explicó el casual encuentro con la dulcísima muchacha de los ojos azules. Y comprendiendo que podría ser contraproducente omitir nada, aclaró también que había almorzado con ella, que volverían a verse…

—Un error —musitó la Bauer—. Un error por nuestra parte, Lukas. ¿Cómo es posible que admitiéramos en la OPE a semejante imbécil? Terrell, sinceramente: ¿usted no se da cuenta de la serie de tonterías que acaba de decirme? ¿Cómo pudo engañarlo esa mujer?

—No sé… Yo no creo… ¡Es imposible! Esa chica no es capaz de matar ni una mosca…

—Una mosca puede que no, pero sí un hombre… ¿No lo comprende? ¡Ella es de la CIA y lo ha tenido localizado en todo momento! En el fondo, debemos alegrarnos de que haya ocurrido esto. La muerte de Schultz ha servido, al menos, para que estemos sobre aviso… ¿En qué hotel ha dicho que está ella?

—En el Prater.

—Está bien —musitó Weissermann—. Anna, tú ve a por esa mujer. Elimínala. Yo me llevaré a Terrell al Quince, y desde allí lo enviaremos a otra de nuestras casas en Viena. Quiero que cuando los rusos nos llamen por la radio todo esté solucionado.

—Está bien.

—No falles. Quiero que mates cuanto antes a esa Brigitte Montfort, o quien demonios sea en realidad.

—Ya sabes que nunca fallo —sonrió la Bauer—. Considérala muerta.

Capítulo IV

Sobre la cama se veía el vestido de noche, las prendas interiores, el abrigo de visón blanco. En el suelo, sobre la alfombra, los finos zapatitos de altísimo tacón.

Ante el espejo del tocador del bonito dormitorio de la lujosa *suite*, Brigitte Montfort, completamente desnuda a excepción de la finísima bata, se cepillaba los cabellos, despacio, pensativa. Junto a ella, la pequeña radio de bolsillo, lista para recibir la llamada de Simón en cuanto se produjera. De buena gana lo habría hecho ella, pero sabía por experiencia lo peligroso que puede resultar a veces llamar a un compañero que está en pleno trabajo.

Por tanto, tenía que recurrir a su gran paciencia, a la espera de acontecimientos. Consideró que ya había cepillado suficiente su lustroso y largo cabello negro, que brillaba en un tono casi azul… Guardó el cepillo en el maletín y sacó el peine, Estuvo unos segundos contemplándolo pensativamente, antes de comenzar a peinarse, siempre lenta, reflexiva.

Y apenas había dado una docena de pasadas con el peine cuando la radio emitió un suavísimo zumbido de llamada.

Abrió inmediatamente el contacto.

—¡Adelante, Simón! Silencio.

—¿Simón? ¿Está ahí, Simón? Silencio absoluto.

—¡Simón!

Cerró la radio, y de nuevo se oyó el suave «bip-bip-bip» de llamada. La volvió a abrir, apretando el contacto.

—¿Simón? —musitó. Silencio sepulcral.

La divina espía palideció intensamente. Sus manos temblaban cuando dejó la radio sobre el tocador, y temblaban también cuando del rojo maletín con florecillas azules estampadas sacó un pequeño aparato que parecía un fotómetro. Lo dejó junto a la radio de bolsillo. Luego, sacó el receptor-grabador, y arrancó de él con seco

tirón la diminuta pieza que era un auricular potentísimo, con hilo incluido. En pocos segundos, el auricular fue desempalmado del hilo. Y con este hilo conductor, Baby hizo un puente de conexión entre la radio de bolsillo y el aparato que parecía un fotómetro. Inmediatamente, la pequeña aguja que había en el pequeño cuadrante de cristal se movió hacia la derecha, quedando encajada allí. Brigitte fue moviendo el fotómetro trucado, hasta que la aguja se despegó. Lo movió un poco más, y se quedó mirándola. Apuntaba hacia ella misma. Es decir, hacia su espalda. Por tanto, Simón se hallaba en algún lugar de Viena por delante del hotel Prater. Cerró la radio, e inmediatamente la aguja regresó a su posición de punto muerto. En cambio, la radio inició de nuevo su zumbido clásico de llamada: «bip-bip-bip»…

Una vez más, abrió la radio. El silencio fue absoluto entonces, y la aguja señaló al mismo sitio que antes.

Durante unos segundos, como atónita, todavía pálida, la espía internacional estuvo mirando aquella aguja, obsesionada.

¿Qué significaba el silencio de Simón? ¿Por qué la llamaba por la radio si no podía contestarle? ¿Quizá…?

Volvió vivamente la cabeza cuando sonó la llamada a la puerta de la *suite*.

A toda prisa, metió en un cajón aquellos aparatos, y cerró el maletín, tras sacar la pistolita de cachas de madreperla, que quedó oculta en el hueco de su mano.

Salió del dormitorio, fue a la puerta de la *suite*.

—¿Quién es?

—Servicio, señorita Montfort.

Fruncido el ceño, Brigitte miró su relojito. Encogió los hombros y abrió la puerta. Una esbelta muchacha pelirroja de grandes ojos verdes estaba ante ella, ataviada con el uniforme de los servicios internos del hotel. Junto a ella, en el pasillo, una gran cesta doble, de las utilizadas para recoger la ropa de las habitaciones. El departamento inferior, de mimbre, era cerrado, a fin de evitar la visión de las ropas arrugadas. Encima había un estante, en el que se veían sábanas cuidadosamente dobladas.

—¿Qué desea?

—Lamento mucho el retraso… Esta mañana se estropeó el circuito de lavado automático, y no ha sido posible arreglarlo hasta

hace poco. Con su permiso…

—Un momento. No comprendo… ¿De qué está hablando?

—De las sábanas de su cama, señorita Montfort… Vengo a cambiarlas.

La espía supo contenerse para no fruncir de nuevo el ceño.

—Ya fueron cambiadas esta mañana, ¿no?

—No, no… Bueno, en mi lista de servicios consta que no había más sábanas cuando llegaron a su *suite*, de modo que dejaron las que había. Luego, puesto que el servicio de lavado se estropeó, no hemos podido venir hasta ahora.

—Bien —parpadeó Brigitte—. Yo estaba haciendo otras cosas, y, posiblemente… Me pareció que habían sido cambiadas.

—Pues no. De todos modos, si le parece un momento inoportuno para hacerlo…

—No, no. Pase.

—Gracias. Estaré apenas dos minutos.

—Está bien… Iré a ducharme ahora. Usted haga su trabajo, mientras tanto.

—Sí, señorita.

Brigitte cerró la puerta, mientras la mucama se dirigía hacia el dormitorio, llevando por delante la gran cesta rodante de los servicios del hotel. Cuando ella entró en el dormitorio, la mucama estaba como cohibida, contemplando el abrigo de visón, sobre el lecho.

—Déjelo en cualquier parte —dijo Brigitte, displicente—. No es necesario que me avise cuando termine.

—Como guste, señorita Montfort…

La espía entró en el cuarto de baño… E inmediatamente, la mucama dejó de prestar atención al abrigo de visón. Y mucha menos atención todavía al lecho.

Abrió el compartimiento de la ropa ya usada, y sacó una imponente Luger provista de silenciador. Se acercó a la puerta del cuarto de baño y aplicó el oído a la madera. Se oía el fuerte rumor del agua de la ducha…

Su mano izquierda asió el pomo de la puerta, y lo hizo girar, lentamente, sin el menor ruido, que de todos modos habría quedado ahogado por el rumor del agua de la ducha. Muy despacio, fue abriendo la puerta, atisbando hacia el interior del cuarto de baño.

El agua se oía más fuertemente ahora. Vio el lavabo, los servicios sanitarios… Al fondo, la bañera, encerrada en una mampara de cristales translúcidos. Un abundante vapor de agua caliente subía hacia el techo, por encima de la mampara.

La mucama acabó de abrir la puerta y se deslizó sigilosamente hacia la puerta de cristal. Asió la manilla, la bajó, abrió de un tirón con la mano izquierda, y la derecha, armada con la pistola, se adelantó impetuosamente hacia la bañera.

—¡Su baño…! —empezó a decir.

Pero la frase la acabó en una exclamación de asombro, de sorpresa total. ¡La bañera estaba vacía! Cierto que el agua caliente caía por la ducha, pero no había nadie allí para bañarse o ducharse.

La comprensión súbita hizo respingar a Anna Bauer. Con una exclamación de rabia se volvió velozmente hacia la puerta del cuarto de baño, que al ser empujada desde dentro de este, dejó visible a la señorita Montfort, pistolita en mano, con una expresión tan congelada en sus bellos y angelicales ojos azules que hasta Anua Bauer perdió su ritmo de ataque.

Alzó precipitadamente la pistola; nerviosa, tensa…

Plop.

La bala disparada por la dulce, «tonta e inocente» señorita Montfort se clavó con sordo choque en su corazón, en el mismísimo centro, tras rasgar la ropa y el seno izquierdo de la Bauer, por su parte inferior.

La asesina de OPE cayó de rodillas, con los ojos desorbitados, soltando la pistola. Por unos segundos, estuvo así, con los ojos fijos en la agente Baby… Pero no. No era cierto. En realidad, los muertos ojos de Anna Bauer solo podían estar fijos en el más allá. En el fatal reino del más allá, al cual había querido enviar ella a la señorita Montfort.

De pronto, bruscamente, Anna Bauer cayó de bruces. Simplemente, era una víctima más entre las muchas que habían considerado fácil presa a la «pobrecita y desamparada» señorita Montfort.

La cual, fríamente, pasó por encima del cadáver, metió un bracito en el baño y cerró el grifo de la ducha. Luego, tranquilamente, salió al dormitorio, se sentó de nuevo ante el tocador y procedió a peinarse, como si nada hubiese sucedido. Se

maquilló de aquel modo tan discreto habitual en ella, con poquísimo rímel en sus larguísimas pestañas, se dio un toquecito de carmín en los sonrosados labios y seguidamente procedió a vestirse, ya con el traje de noche.

Metió en un bolsillo del abrigo de visón blanco los aparatos que antes había escondido en un cajón del tocador, se pegó la pistolita al muslo izquierdo con esparadrapo color rosa, y miró críticamente a su alrededor. Todo en orden, todo perfecto.

Acercó la cesta rodante de la ropa del hotel, abrió la puerta del cuarto de baño y calculó con buena vista las medidas de la mucama asesina.

El cálculo la satisfizo, ya que, evidentemente, la mujer cabría en la cesta. La abrió y vio el bolso, que sacó con un dedito pasado por él asa. Lo colocó encima de las prendas limpias, lo abrió y sacó su contenido: tabaco, un encendedor, tarjeta de identidad… Anna Bauer, austríaca, residente en Linz, Austria, según ponía allí. Mejor le habría sido a Anna Bauer estar realmente en Linz, desde luego. Pañuelos, llaves, esas cosas de belleza que todas las mujeres llevan en el bolso, un par de miles de *chillings* austríacos… Se quedó mirando una de las llaves, inmediatamente interesada, ya que de ella colgaba una pequeña plaquita de metal, con el número 15 grabado. Le dio la vuelta, esperando ver el nombre de un hotel de Viena, pero no fue así. Era extraño… Una llave con una placa que solo tiene grabado el número 15…

Fue lo único que se quedó del bolso. Guardó el resto de las cosas, metió el bolso en la cesta… y luego metió a Anna Bauer, que quedó enroscada como una serpiente… Lo que había sido, a fin de cuentas.

Un vistazo al cuarto de baño hizo fruncir el ceño a Brigitte. Había algunas manchitas de sangre en el suelo, lo cual, por supuesto, no le convenía en absoluto. De modo que una vez más tuvo que recurrir a su maletín, en el cual dejó la llave con la plaquita que tenía grabado el número 15, y sacó un frasquito en cuya etiqueta se indicaba que era un eficacísimo quitalacas, un disolvente de esmalte para uñas.

Vertió unas gotitas de ese esmalte sobre las manchas de sangre, y lo dejó el tiempo que tardó en volver a guardar el frasquito y empapar en agua una de las prendas sucias de la cesta. Con este

trapo húmedo, frotó la sangre, eliminándola rápidamente, y, además, con la seguridad de que ni el más concienzudo análisis del suelo señalaría la presencia de sangre. Toda había sido absorbida, desincrustada completamente por el líquido.

Dejó el cuarto de baño en perfecto estado, en completo orden. Luego, llevó la cesta rodante hasta la puerta de la *suite*, la cual abrió apenas media pulgada.

No oyó nada. No vio nada. Abrió un poco más, se asomó y vio el pasillo solitario. Sin vacilar, sacó la cesta y la llevó hasta el fondo del pasillo, donde estaba el montacargas del servicio.

Con una total indiferencia, dejó allí la cesta rodante y regresó a su *suite*. Muy bien sabía ella que la mucama de la mañana había cambiado las ropas de su cama, de modo que cuando encontrasen a la tal Anna Bauer dentro de la cesta, nadie tendría por qué pensar que había estado en su *suite*, donde sus servicios, evidentemente, no eran necesarios en el sentido de cambiar las ropas de la cama. Esto, naturalmente, en el supuesto poco probable de que aquella mujer fuese realmente una empleada del hotel. Cosa que dudaba.

—Lo siento por la policía vienesa.

Se puso el abrigo de visón, se miró al espejo, escrutó atentamente sus manitas en busca de alguna gota de sangre, y, finalmente, se dijo que todo estaba en perfecto orden. Salió de la *suite*, llamó un ascensor, descendió al vestíbulo, salió a la calle… En pocos segundos, estaba dentro de su alquilado Volkswagen. Afuera, unos finísimos copos de nieve manchaban de blanco la fría noche vienesa.

—¿Simón? —llamó por la radio, una vez más.

Nada. Silencio. Ya no insistió. Puso el coche en marcha, tras colocar los dos aparatos en funciones de localización. Para encontrar a Simón, solo tenía que seguir, en todo momento, la dirección que le indicase la aguja del falso fotómetro.

* * *

Detuvo el coche cuando comprendió que su compañero de misión no podía estar más lejos de doscientas yardas. Sin salir del coche, se quitó el abrigo y lo volvió al revés, mostrando la parte negra, naturalmente encargada a propósito por Brigitte cuando adquirió el

abrigo.

Echó un vistazo al aparato localizador para asegurarse de que seguiría la dirección correcta, lo cerró y salió del coche, que también cerró. Caminó una calle, rodeó la siguiente manzana, y…, en efecto, vio allá el coche de Simón, que conocía por haberlo visto aquella mañana, de lejos, en Maria Theresien Platz, y cuando el espía los había seguido prudentemente a ella y a Lucius Terrell.

Un hombre apareció por una esquina, caminando presurosamente bajo la fina, casi simpática nevada. En sentido inverso, una pareja de jóvenes muy abrazados caminaban también a buen paso… En pocos segundos, los tres personajes desaparecieron de aquel frío e inhóspito escenario, casi en las afueras de la ciudad.

Y convencida de que nadie podía verla, Baby fue hacia el coche de Simón, caminando lentamente, bien acurrucada en su abrigo, con las manos en los bolsillos… y la pistolita en la derecha. Antes de llegar, ya vio a Simón, sentado ante el volante. Y un estremecimiento que no era ciertamente de frío sacudió el cuerpo de la espía.

Llegó junto al auto, mirando vigilante a su alrededor, y sin vacilar tiró de la manilla de la portezuela… El cuerpo de Simón se ladeó hacia ella, blandamente, inerte. La cabeza colgó con breve y flojo movimiento pendular, y Brigitte la sostuvo con una mano, mirando aquellos ojos abiertos, ya como cristal, fríos, inexpresivos.

—Simón… —gimió—. Simón, Simón, lo siento, compañero…

Pero, por supuesto, Simón no podía oírla. Ya no podría oírla nunca más. Tenía dos manchas de sangre que ya se juntaban en el costado izquierdo del abrigo, aproximadamente a la altura del corazón. Acongojada, brillantes los ojos por aquellas dos lágrimas que tanto esfuerzo le costaba contener, Brigitte empujó a Simón hacia el otro extremo del asiento, y se colocó ella ante el volante. Las llaves estaban en el encendido, y estaba su mano cerca de ellas, cuando la retiró vivamente. Sacó unos finos guantes negros, se los puso, y entonces sí, puso en marcha el coche, alejándose rápidamente de allí.

* * *

Detuvo el auto todavía más en las afueras de Viena, como a media

milla del lugar donde lo había encontrado, ante las vallas de un solar.

Lo primero que hizo fue abrir el portamaletas de la parte de atrás. Luego, no sin esfuerzo, llevó a Simón allí, y consiguió alzarlo y meterlo en aquella provisional tumba fría, metálica. Cuando cerró el portamaletas, por fin, las dos lágrimas se desprendieron de aquellos hermosos ojos azules.

Volvió al asiento del coche y recogió la radio de bolsillo, que Simón había colocado en el *tablier*, y que había tenido que cerrar después de poner el coche en marcha. Lo sucedido estaba bien claro: habían sorprendido a Simón, le habían disparado dos balazos mortales… Pero no había muerto instantáneamente, como lo probaba el hecho de que quiso avisarla haciendo la llamada por la radio. Luego, no pudo contestar… ¿Cuántos segundos había vivido el pobre Simón después de recibir aquellos dos balazos?

Aunque, a fin de cuentas… ¿qué importancia podía tener eso?

De pronto, cuando estaba guardando la radio de su compañero, Brigitte vio la sangre sobre el cristal del velocímetro. Una mancha de sangre que… No. No era propiamente una mancha, sino… unos números… Dos números: el 1 y el 5… ¡El número 15! Al parecer, Simón había vivido el tiempo suficiente para efectuar la llamada por la radio, y, además, escribir con su propia sangre aquel número, sobre el cristal… No, no, no… Había sido precisamente al revés. Primero, Simón había escrito aquel número. Luego, la había llamado… para no poder responder ya.

El número 15. Es decir, el mismo número grabado en la plaquita de la llave que Anna Bauer llevaba en su bolso. Lógicamente, aquello debía de tener un significado, pero… ¿cuál? ¿Qué significado podía tener el número 15?

Lo limpió con una gamuza que dejó nuevamente en su compartimiento del *tablier*, buscó algo más que pudiera interesarle, y, finalmente, salió del coche. Cerró, tiró debajo del vehículo las llaves y se alejó.

¿Debía pedir otro Simón a la CIA?

¿Debía ponerse en contacto con la CIA, aumentando la potencia de su radio?

Parecía que era lo más sensato, pero lo desechó inmediatamente. Estaba bien claro que a ella la tenían localizada, ya que habían

enviado a Anna Bauer a matarla. Si otro agente de la CIA le era asignado para ayudarla, todo lo que conseguiría, quizá, sería que matasen a aquel nuevo compañero, a otro Simón. A menos que el nuevo Simón, como ella, fuese un espía en verdad excepcional y…

Se detuvo en seco bajo la suave nevada. ¡Un espía excepcional al que no fuese tan fácil eliminar!

¡Naturalmente!

Cinco minutos más tarde, entraba en su Volkswagen y lo ponía en marcha.

Y casi media hora más tarde, en la Central de Telégrafos de Viena, la señorita Montfort enviaba el siguiente telegrama:

> *SIGNORE* ANGELO TOMASINI.
>
> VILLA TARTARUGA. LA VALETTA. MALTA.
>
> PRECISO URGENTÍSIMAMENTE TU PRESENCIA PARA ASESORARME EN SECRETO SOBRE ASUNTO VENTAS *STOP*. TE LLAMARÉ EN VIENA A LAS DIECISÉIS POR EU206 *STOP*. BESOS *STOP*. BRIGITTE.

El telegrama fue impuesto, naturalmente, por vía urgentísima, con la seguridad de que llegaría, lo más tarde a la mañana siguiente, a Villa Tartaruga, en la isla de Malta. Y no cabía la menor duda de que apenas recibir el telegrama Número Uno se pondría en marcha hacia Viena. La OPE podía darse por liquidada, con aquel refuerzo para la agente Baby.

La cual, finalmente, se fue a la Ópera.

Capítulo V

Quedarse en el hotel era ciertamente peligroso, y Baby no se engañaba al respecto. Pero marcharse habría sido una tontería, ya que igualmente podrían atentar contra su vida esperándola fuera, y quizá con más ventajas para la OPE. En cambio, permaneciendo en el hotel, ella era un cebo que quizá sus enemigos no pudieran resistir. Un cebo y un peligro, que posiblemente querrían eliminar.

Lo cual era el máximo deseo de Brigitte Montfort: que alguien insistiese en los deseos de Anna Bauer. Porque si tal cosa sucedía, en esta ocasión no tiraría a matar, sino a herir, para someter luego a su prisionero o prisionera a un «amable» interrogatorio, con cuyos resultados quizá podría recuperar la pista de Lucius Terrell, el cual, por supuesto, no habría acudido a la cita en Maria Theresien Platz, sino que debía de hallarse bien escondido. ¿Dónde?

Esto era lo que ignoraba. Y si quería tener alguna probabilidad de recuperar esa pista, Baby debía esperar pacientemente en su hotel un nuevo ataque, o cualquier acción por parte de la OPE que le proporcionase datos suficientes para actuar. Mientras tanto, quizá Lucius Terrell había vendido ya a los rusos el Transmisor Mental. Lo cual, unido a la muerte de Simón, estaba convirtiendo en un auténtico fracaso la actual misión de la agente Baby.

Por toda pista, por todo indicio, una llave con el número 15 grabado en una plaquita de metal. El mismo número que escribiera Simón pocos segundos antes de morir. ¿Por qué?

Brigitte miró su relojito. Las tres y media. Es decir, que tenía tiempo holgado para terminarlo todo.

Ordenó los papeles que había estado escribiendo y los repasó velozmente. Todo estaba allí perfectamente explicado, sin que faltase un solo detalle. Por fin, leyó la última cuartilla que tenía en su máquina de escribir portátil, destinada oficialmente a reportajes periodísticos. Aprobó con la cabeza, y en lugar de poner fin, tecleó

rápidamente hasta conseguir la corta pero expresiva frase «te amo». Quitó esta última página de la máquina, y la colocó sobre el pequeño montón de la derecha. En la izquierda había unas cuantas cuartillas más, también mecanografiadas, pero esas solamente hablaban de la función de la Ópera de Viena de la noche anterior. Muy interesante para la periodista Brigitte Montfort, pero por completo carente de interés en aquellos momentos para la agente Baby.

Provista de su encendedor de platino y brillantes, con la diminuta cámara fotográfica camuflada en su interior, procedió a microfotografiar las páginas que merecían el interés de Baby. Precisamente en aquella tira de microfotos estaba captado Lucius Terrell, lo cual era muy interesante y conveniente.

Después de fotografiar una a una aquellas páginas, Brigitte se fue con ellas al cuarto de baño, donde las quemó y fue dejando caer las cenizas al inodoro. Volvió al pequeño buró donde tenía instalada su máquina, metió en un sobre las cuartillas que formaban el primer reportaje sobre la temporada de Ópera, lo cerró y escribió en el anverso el nombre y dirección del *Morning News* en Nueva York.

Fue luego a su maletín, y con tres pequeñas piezas diferentes formó un pequeño dardo hueco, dentro del cual metió el microfilme que sacó de su encendedor. Acto seguido, enroscó unos a otros los tres tubos de aluminio que formaban su utilísimo fusil, colocó el culatín que originariamente era la base del secador de cabello, abrió la recámara del tercer tubo y metió dentro el dardo que contenía el microfilme. Encendió un cigarrillo, cogió la radio de bolsillo, el fusil y una revista de modas, y tras acercar un silloncito a la ventana de su dormitorio, que daba a la calle, se sentó, miró otra vez su relojito, y se puso a leer, tranquilamente…

A las cuatro en punto, hora austríaca, oprimía el botoncito de la radio, sonriendo.

—¿Uno? —preguntó.

—¿Estás bien, Brigitte? —preguntó inmediatamente Uno, a su vez.

—Yo, sí. Pero me han matado a Simón.

—Lo lamento. Sé cuánto te apena eso, querida. ¿Qué está ocurriendo en Viena?

—Te lo explico todo en un microfilme. ¿Podrás revelarlo?

—Por supuesto. He venido dispuesto a todo, ya lo sabes.

—Sabía que no me fallarías. Y tengo la esperanza de que serás un hueso más duro de roer que Simón.

—Lo intentaré.

—¡Lo intentarás! —rio quedamente Brigitte—. Todavía no ha nacido el hombre o mujer que pueda acabar con Número Uno. Por cierto, también a mí quisieron matarme. Una mujer. ¿Te suena el nombre de Anna Bauer?

—No.

—¿Y el apellido Weissermann?

—Pues… Bueno, la verdad es que tampoco. Es un apellido alemán bastante corriente, eso es todo.

—¿Te suena la sigla OPE?

—¡¿Our Private Espionage?! —exclamó Numero Uno.

—Exactamente —se animó Brigitte—. ¿Sabes algo de ellos?

—Pocas cosas. Han realizado pequeñas operaciones en Europa, y según mis amigos informadores de este ancho mundo, hicieron algo en el Sudeste asiático. También tienen contactos en América del Sur. No son más que peces pequeños.

—Pero están creciendo, querido. Y a Baby le gustan las piezas de buen tamaño.

—Entiendo —rio Número Uno—. Brigitte, no sabes la alegría que siento al oírte, y… ¿Cuándo y dónde nos vemos?

—Por ahora, en ningún sitio, amor. A menos que yo expresamente te llame, no deberás acercarte a mí para nada.

—¿Temes que me ocurra lo mismo que a Simón?

—No me lo perdonaría nunca, Uno —musitó la espía—. De todos modos, no es solamente eso, pues sé que matarte a ti es cosa que requiere muchas agallas y gran fortuna. Pero prefiero tenerte en la sombra, si no te importa. Sé que no es digno de tu categoría, pero…

—Olvida eso. Solo dime lo que quieres que haga por ti, y lo haré.

—Gracias. ¿Conoces bien Viena?

—Conozco toda Europa, y tú lo sabes… Le estás dando muchas vueltas al asunto, adorada Baby. ¿Por qué?

—Quiero acabar del todo y definitivamente con la OPE.

Hubo un silencio, que a Brigitte le pareció tan largo, que llamó

suavemente:

—¿Uno?

—Sí… Sí, te oigo.

—Tengo la impresión de que no te gusta eliminar a la OPE.

—Entre nosotros podemos decir siempre la verdad, querida. No es que me disguste de un modo especial, pero ellos son espías… privados, como yo. Ignoro sus motivos, pero quizá sean tan poderosos como los míos.

—Lo dudo. Pero entiendo tu punto de vista. Te consideras un poco colega de ellos, ¿no es cierto?

—Algo así.

—Bien. No quiero forzarte a…

—Olvidamos un pequeño detalle, Brigitte: ellos han querido matarte a ti, de modo que en cuanto a Número Uno respecta, han firmado su sentencia de muerte…

—¿Todavía me amas? —susurró dulcemente la espía.

—Es posible.

—¡Oh! ¿Solo posible, mi amor?

—Digamos que es… probable.

—¡Probable! ¡Qué palabra tan incierta, amor!

—Entonces, diré que seguramente te amo.

—¿Seguramente? ¿Con vacilaciones?

—Sin ninguna vacilación. Te amo, Brigitte.

—Eso es lo que quería oír —suspiró la espía.

—Estás jugando conmigo. Sabes muy bien que te amo, que siempre te amaré. Ojalá pudiera decir lo mismo de tus sentimientos con respecto a mí… ¿Dónde estás?

—Hotel Prater, en el…

—Sé dónde está.

—Magnífico. Entonces, espero que pases por delante cuanto antes. ¿Tienes coche aquí?

—He alquilado uno, apenas llegar al aeropuerto.

—No me digas que es un Alfa Romeo, color guinda, deportivo, descapotable…

—No tenían ese modelo. Es un Mercedes negro, 220 S. Pasaré por delante de tu hotel dentro de… doce minutos. Y llevaré bajado el cristal de la puerta derecha, que quedará orientada hacia la fachada del hotel Prater. ¿Está bien así?

—Querido, eres único. Llámame cuando hayas revelado el microfilme y estés al corriente de todo. ¿Sí, amor?

—Sí, amor.

* * *

Exactamente doce minutos más tarde, un hermoso Mercedes 220 S, negro, pasaba por delante del hotel Prater, a marcha reducida. El conductor debía de ser un hombre muy caluroso, porque la ventanilla derecha estaba completamente abierta, bajado el cristal.

Desde el tercer piso del hotel, Brigitte fue apuntando cuidadosamente hacia el hueco que dejaba libre el cristal recogido. Había abierto apenas las cortinas. Solamente la punta de su fusil especial de tubo de aluminio con aleaciones endurecedoras aparecía por entre las cortinas, lo justo para disparar.

Por fin, tras cinco segundos de seguir la trayectoria del magnífico auto negro, se oyó el suavísimo chasquido del disparo. Inmediatamente, Brigitte miró, expectante, hacia la parte del asiento delantero del auto negro. Una mano grande, nervuda, muy tostada por el sol, apareció allí, y arrancó el fino dardo clavado en el asiento. Luego, el Mercedes prosiguió su marcha, alejándose.

Cerca de las seis y media sonó la llamada en la radio de la agente Baby, que se apresuró a atender la llamada.

—Dime, querido.

—Todo entendido. Muy interesante eso del Transmisor Mental. Ya tenía noticias sobre las pruebas que se estaban realizando en el Pentágono con telepatía, pero ignoraba que la cosa estuviese tan avanzada.

—¿Tú qué opinas? ¿Te parece que eso del Transmisor Mental podría ser una, realidad?

—Oh, vamos, Brigitte… Tengo la esperanza de que tú también te lo hayas tomado un poco… a broma.

—Así es. Sin embargo…

—Sin embargo —admitió Número Uno—, eso llegará, un siglo u otro. Si se consiguen encefalogramas y cosas así, cabe en lo posible que esas oscilaciones del cerebro sean algún día recogidas en un aparato que las enviaría por radio a distancias incalculables. Pero, de momento, vamos a tomarlo a broma.

—Es solo el principio de lo que un día u otro puede ser realidad.

—Por supuesto. Algo así como los trasplantes de corazón del doctor Barnard. Dentro de un siglo, o quizá mucho antes, podremos cambiar de corazón como de calcetines. Eso iría muy bien para los enamorados no correspondidos: si un corazón masculino está enamorado de una muchacha que no le corresponde, pues se cambia el corazón, deja de amarla y vive tan feliz y tranquilo.

—Querido —Brigitte—, me encanta que estés de tan excelente humor.

—Es solo cinismo, amada mía. Bien, ¿qué hacemos?

—Mucho me temo que lo único que se puede hacer es esperar a que venga alguien a matarme. Es nuestra única pista.

—Mmmm… ¿Has olvidado la llave?

—¿La llave de Anna Bauer, con la plaquita que tiene el número 15 grabado?

—Esa llave.

—Bien. Ya te digo que al principio tuve la esperanza de que fuese de un hotel, o tuviese alguna indicación más, pero…

—Espera, criatura. Vamos a ver: ¿no escribió Simón el número 15 con su propia sangre?

—Sí.

—Perfecto. ¿Dónde estaba Simón cuando lo recogiste para llevarlo a otro lugar y pasar más adelante aviso a la CIA para que a su vez lo recojan y lo envíen a Estados Unidos?

—Ya te informo de que estaba en la Offenhoffstrasse.

—Sí, sí. Pero ¿delante de qué número de esa calle?

—No me fijé. Estaba tan consternada que… ¡Dios mío!

—Por el amor de Dios, querida: ¿es posible que eso no se te haya ocurrido a ti, a Baby Montfort?

—No… No, no… Estaba tan deprimida y… ¡He sido una tonta, Uno!

—Todos pasamos por esos baches alguna vez —dijo amablemente Número Uno—. De todos modos, ten en cuenta que es solo una posibilidad, no una seguridad. De lo que sí estoy seguro es de que recordarás el punto exacto donde estaba el coche en esa Offenhoffstrasse.

—Desde luego que sí. Santo cielo, no acabo de perdonarme a mí misma por semejante estupidez, Uno.

—Tranquilízate. No es tan grave.

—Oh, Dios mío… ¿Crees que me estoy haciendo vieja?

—Es posible. A propósito de ancianos: a mí me encantan. Desde luego, si tan viejecita te consideras, yo conozco un asilo magnífico, donde podrías pasar muy felizmente los últimos días de tu vida, sean pocos o sean muchos.

—¿Qué asilo es ese?

—Está en la isla de Malta. Una hermosa villa, llamada Tartaruga. Su propietario es una buena persona, un tal *signore* Angelo Tomasini. A veces tiene mal carácter, pero en el fondo es un buen tipo.

—Uno —musitó Brigitte—, te adoro.

—¿Aceptas la oferta? ¿Te retiras a vivir una apacible vejez en Villa Tartaruga?

—Bueno… Esperaremos un poco todavía. Claro que cuando ya sea una viejecita llena de arrugas, miope, cardíaca y un poco jorobada, quizás ese señor Angelo Tomasini retire su oferta.

—Estoy seguro de que no. El señor Tomasini siempre te estará esperando.

—Creo que voy a echarme a llorar —musitó seriamente la divina espía—. No es posible que me quieras tanto y tan hondamente, Uno.

—Claro —respondió el fabuloso espía, roncamente—. Tienes razón. No es posible amar tanto. Bien… Puesto que tú llevas la batuta en este concierto, yo pregunto: ¿qué hacemos?

—Lo sabes muy bien.

—Quizá. ¿Te bastarán treinta minutos?

—Suficiente.

—Un beso, y hasta ahora.

—Un beso, Uno…

Capítulo VI

El Volkswagen se detuvo, justamente donde la noche anterior había estado el coche con el cadáver de Simón. Y al instante, un hombre, completamente vestido de negro, se despegó de las sombras de la valla del solar, rodeó el coche por detrás, abrió la portezuela derecha, entró… y recibió en sus brazos a la más bella espía del mundo jamás habida.

Sus labios se juntaron ávidamente en un beso tal, que, tomándolo a broma, podría decirse que su calor habría bastado para derretir la carrocería del Volkswagen. Un beso largo, profundo, completo…

Cuando se separaron, Brigitte pasó sus manos por aquel rostro enjuto, seco, curtido por el sol. Los negros ojos de Número Uno eran dos manchas brillantes, grandes, en aquel rostro que parecía de cobre o de bronce.

—Mi amor… ¿Cuánto hace que no estaba en tus brazos?

Los dientes blanquísimos de Uno brillaron en la oscuridad.

—No demasiado. ¿Has olvidado el asunto de los robots?

—No lo he olvidado —rio ella, quedamente.

—¿Y a mí?

—¡Olvidarte a ti!

—A veces tengo la impresión de que solo nos vemos cuando nos necesitamos profesionalmente el uno al otro, Brigitte.

—La vida de los espías es dura y cruel, amor. ¿Estás bien, Uno? ¿Eres feliz… en lo posible?

—En lo posible, sí. Solo me falta una ancianita en Villa Tartaruga.

—¡Oh! Quisiera tener ya ochenta y tantos años…

Se echaron a reír los dos. Número Uno pasó una de sus grandes y notables manos de artista y atleta en pleno auge, todo a la vez, por el fino rostro de la espía internacional.

—Creo que no es momento de hablar de cosas que puedan… ablandar nuestros corazones. ¿Has traído la llave?

—Claro. Miraremos el número de la casa más cercana para…

—Ya he localizado el número 15 de esta calle. Está cinco casas más adelante.

—Pobre Simón… Debió de seguirlos, fue descubierto… Lo que no me explico es que dejaran su coche aquí, con el cadáver. Tampoco me explico que no me atacasen cuando yo vine a buscarlo.

—Yo sí me lo explico, Cuando te vieron, comprendieron que tú eras una pieza mucho más difícil que tu Simón y prefirieron no complicar las cosas. Si se hubiese armado un tiroteo aquí, el asunto les habría resultado comprometido. Por tanto, era mejor dejar aquí el coche, ocultarse y dejar que alguien lo retirase. En estos casos, siempre se supone que precisamente el lugar donde ha sido hallado un coche con un cadáver, es el más lejano posible al auténtico lugar donde ocurrió el crimen. Por tanto, igual a ti que a la policía, los alejarían de esta calle, que es precisamente donde está lo que buscamos.

—Eso, suponiendo que esta llave sirva para la puerta de la casa número 15, Uno.

—Dámela. Yo iré a probarla.

—No, no. Quiero ir yo…

—Supongamos que esa sea la llave adecuada. ¿Qué harás?

—Entrar en la casa.

—¿Sola?

—¿Por qué no?

—Muy bien. —Número Uno cruzó los brazos sobre el amplio pecho atlético—. Dime entonces a qué he venido yo a Viena.

—A respaldarme, querido —sonrió ella—. ¿Sí?

—Está bien. Yo entraré por otro lado. Y te advierto una cosa: por apurada que estés, no te ayudaré a menos que me lo supliques.

—De acuerdo —rio ella—. Ahora, espía genial, arréglatelas como puedas para entrar en esa casa. Pero antes, por si acaso, despidámonos.

Rodeó con sus bracitos envueltos en visón el cuello de Número Uno, el cual pasó las manos bajo el abrigo buscando aquella fina y tibia cintura que tan bien conocía.

Esta vez, sin bromas, la carrocería del Volkswagen casi se

derritió completamente. Si el beso hubiera durado unos segundos más, se habría puesto al rojo vivo y habría empezado a lanzar chispas a todos lados.

Luego, sin una sola palabra más, Número Uno salió del coche, fue hacia la valla, miró a todos lados, y convencido de que nadie le estaba mirando, la saltó como si en lugar de tener ocho pies de altura hubiera sido un guijarro en su paseo por un parque.

Brigitte salió del coche, una vez le hubo dado la vuelta a su blanco abrigo de visón, mostrándolo por la parte negra. Cogió su maletín, y con su habitual osadía descarada, se encaminó hacia la casa que mostraba el número 15 en su fachada. ¿Cómo no se le había ocurrido antes? Ciertamente, cada día le afectaba más la muerte de su compañero de turno. Era algo que no podía evitar. Sentía ganas de llorar, de matar, de atacar con toda su furia. Se ofuscaba. Y eso no podía ser, de ninguna manera. No convenía.

La casa número 15 de la Offenhoffstrasse tenía la puerta bajo el nivel de la calle. Había una pequeña verja abierta. Tres escalones. Luego un diminuto patio, lleno de nieve entonces, de apenas tres yardas cuadradas. Encima de la puerta se veía el número 15, en caracteres góticos alemanes.

Brigitte sacó su pistolita y la empuñó con la mano izquierda. Con la derecha, introdujo la llave en la cerradura, dio la vuelta y la cerradura dejó oír el clásico sonido que produce al ser abierta. La puerta cedió hacia adentro, silenciosamente. Parecía que estaba muy bien engrasada.

Cerró tras ella y se quedó inmóvil, en la oscuridad más absoluta. Hacia el fondo, oyó claramente los pasos de un hombre, acercándose. Apenas tres segundos más tarde, una luz se encendió en el techo, al tiempo que un hombre aparecía en el amplio vestíbulo, lleno de muebles antiguos, oscuros, tristes.

El hombre se quedó boquiabierto, como fascinado, mirándola en el colmo de la más absoluta estupefacción. De pronto, su mano derecha fue hacia el sobaco izquierdo, velozmente…

Baby solo tuvo que alzar su manita y apretar el gatillo dos veces. Plop.

Plop.

Así es la vida… Y así es la muerte. El hombre soltó su pistola, se llevó ambas manos al pecho, sus ojos giraron hasta mostrar

solamente el blanco de la córnea… y se vino al suelo, como un palo seco, como un tronco viejo y muerto fulminado por un rayo. Eso fue todo.

—Pognorky… —Se oyó una voz al fondo—. ¿Quién es?

Brigitte sonrió angelicalmente. Abrió su maletín, sacó una mascarilla de gasa que parecía la propia de un cirujano a punto de entrar en funciones, y se la puso ante la boquita y la naricita. Luego, sacó de un pequeño estuche de metal media docena de diminutas ampollas, que, al parecer, para un observador normal, contenían un líquido de ese que la World Beauty Asociation de Nueva York asegura que da excelentes resultados para conseguir un seno elástico y de músculos fortalecidos, previas unas cuantas fricciones semanales. Pero, ciertamente, la agente Baby no necesitaba semejantes potingues. En cambio, sí era muy útil el gas líquido que contenían las ampollitas de «belleza y cuerpo siempre joven».

Con una impavidez propia de una reina recorriendo los pasillos del ala soleada de su palacio, la divina espía se adentró en la casa, dejando tras ella un cadáver con la indiferencia de quien arroja la colilla de su cigarro.

El pasillo era amplio, mal iluminado. Se veía una puerta al fondo, y dos a cada lado. Por una de estas puertas laterales aparecieron dos hombres, uno de los cuales, sin duda, era el que había preguntado al ya fallecido Pognorky respecto a la identidad del visitante.

E igual que este, los dos quedaron asombrados, atónitos, más tiempo del que les convenía.

Una sola ampollita, que reventó a sus pies, fue suficiente, en menos de dos segundos, para derribarlos como fulminados. Con mucha delicadeza, Brigitte pasó por encima de ellos, ignorándolas con un desprecio en verdad mortificante. Menos mal que no estaban en condiciones para otra cosa que no fuese dormir.

Una gran sala, otra puerta al fondo. Luego, otro pasillo, que descendía en suave rampa, Otra puerta, sobre la cual se veía una bombilla roja que se encendía y se apagaba rápidamente, en intermitencia perfecta.

Luego, otro pasillo todavía, más corto que los anteriores, también descendente. Una puerta a cada lado. Una de ellas se abrió

y un hombre y una mujer aparecieron… Por lo visto, todos en aquella casa eran un poco tontos y muy dados al asombro, a la estupefacción. La mujer fue más rápida que el hombre para llevar su mano al escote… Más rápida, pero no lo suficiente… La ampollita había reventado ya a sus pies, y ambos se vinieron al suelo de aquel modo fulminante, como muertos.

Estaba resultando todo terriblemente fácil. Demasiado fácil.

Abrió la última puerta… y vio ante ella una especie de gran oficina, con ficheros, máquinas de escribir, una potente radio de onda corta, mapas de todo el mundo, dos acondicionadores de aire, sillas, un par de butacas, un telex, una computadora electrónica, un depósito de agua, una mesa de despacho…

Cuatro personas, tres hombres y una mujer, ocupando diversos puestos en aquella oficina, se habían vuelto hacia ella, siempre con aquella expresión de estúpido asombro. Otra ampollita, caída en el centro de la oficina, fue suficiente para ellos. Brigitte retrocedió dos pasos, saliendo de allí y cerrando la puerta. Se quitó la mascarilla, esperó quince segundos, y cuando iba a abrir nuevamente, una voz áspera sonó a su espalda:

—Deje caer su pistola. Pero no esas ampollas. No creo que le convenga, ahora que no lleva la máscara antigás, señorita… ¿Montfort? ¿Brigitte Montfort?

Brigitte dejó caer su pistolita. Luego, cuidadosamente, guardó en su estuche las ampollas que le quedaban. Cerró su maletín y se volvió, simpáticamente, con un gesto de *ballet*. Allá tenía a dos hombres.

—¿Qué tal, *herr* Weissermann? —saludó, en perfecto alemán.

—Ciertamente admirado, *fraulein* Montfort. ¿O no es usted?

—Sí, sí. Soy Brigitte Montfort, desde luego.

—Creí que hablaba muy mal el alemán.

—Oh, ese pobre tonto de Lucius Terrell… Es un asesino y un traidor, pero muy poco inteligente. Usted está observando, *herr* Weissermann, que mi alemán no puede ser más perfecto e impecable.

—Ciertamente. Le aseguro que mi admiración es mucha. ¿Cómo consiguió escapar de Anna?

—¿Anna Bauer? Era una simple aficionada en esto de matar. Y muy ingenua. Le dije que iba a bañarme y ella lo creyó. Debo

decirle, *herr* Weissermann, que su personal es muy poco eficiente. Por lo menos, en comparación conmigo.

—Admito eso. Y sigo asombrado hasta el máximo respecto a usted, señorita Montfort. Me precio de entender de espionaje lo suficiente para opinar que usted es una agente… ¿cómo diría yo…?

—¿Fuera de serie? —Sonrió Brigitte.

—Sí… ¡Sí! Esa es la expresión justa… Oh, por supuesto, trabaja usted para la CIA.

—Más o menos.

—Habrá que felicitar a la CIA por tan formidable elemento de espionaje. Enviaremos un cable desde Berlín, o desde Niza, con la felicitación.

—Es usted muy amable.

—Claro que para eso yo debería saber su verdadero nombre. De lo contrario, temo que confundiría un poco a los dirigentes de la CIA americana.

—Casi siempre uso mi verdadero nombre. Creo que eso deberían hacer todos los espías de categoría. Sin embargo, *herr* Weissermann, si usted quiere que la CIA sepa, sin lugar a dudas, a quién se refiere al informarles que ha eliminado a una de sus agentes, dígale que ha podido matar a Baby.

Herr Weissermann casi dio un paso atrás, mientras el hombre que estaba junto a él pistola en mano palidecía intensamente.

—No —musitó Weissermann—. ¡No es posible! ¿Usted es la famosísima agente Baby?

—Me hace mucho favor, *herr* —sonrió Brigitte, efectuando una graciosa inclinación de cabeza.

—Increíble… La agente más temida y admirada por todos los servicios de espionaje del mundo entero… ¡Increíble!

—Eso dijo un mendigo, el día que se encontró un billete de mil dólares en un cubo de basura, *herr* Weissermann: ¡increíble! Sin embargo, tenía el billete en las manos. Por favor, ¿le importa que entremos en la oficina? Los efectos del gas han pasado, y mientras estos pasillos son muy fríos, he observado que ahí dentro hay aire acondicionado.

—Abra y entre. Usted primero. Y, Baby, un solo movimiento de los llamados «raros», y recibirá un par de balas en la espalda.

—No, por Dios —sonrió angelicalmente aquel querubín de ojos

azules—. Por la espalda, no. Quiero ser digna hija de mi madre. Cualquier cosa menos matarme por la espalda, se lo suplico.

—Entre.

Entraron los tres.

En el suelo se veía a los cuatro personajes encargados de la oficina de la OPE. Weissermann señaló a Brigitte el fondo del cuarto, y ella obedeció dócilmente.

—¿Qué le ocurrió a su madre?

—Murió fusilada. Pero de frente, *herr* Weissermann. Y con los ojos bien abiertos. Eso fue hace ya más de veinte años, durante la Segunda Gran Guerra. La fusilaron los alemanes, por espía. ¿Es usted alemán, quizás?

—Quizás.

—Oh, no se asuste. No tengo nada contra los alemanes. Y no porque mi padre fuese alemán. La verdad es que la nacionalidad importa bien poco, para esto de ser… bueno o malo, honrado o canalla. En el caso concreto de la OPE se juntan empleados de tantas nacionalidades que eso corrobora mi opinión: americanos, africanos, europeos, asiáticos, y supongo que también australianos. Gente de todo el mundo. ¿Es esta la Central organizadora de la OPE?

—Es usted muy perspicaz.

—No, no… Es solamente que he conocido organizaciones similares. Bueno, no quiero ofenderle, pero la mayoría de ellas eran más importantes, de más envergadura, que la OPE. Naturalmente —sonrió—, todas ellas fueron destruidas por mí.

—Parece que aquí acabó su buena suerte.

—Todo tiene su principio, y, por consiguiente, su fin. Parece que solo Dios y el cielo son eternos. Veo unos lindos ficheros… ¿Son los que contienen las fichas de su personal en todo el mundo, *herr*?

—Verdaderamente, usted entiende de esto, Baby.

—Por fuerza… —suspiró Brigitte—. ¡Son tantos años viéndomelas con individuos como usted, con organizaciones criminales que solo persiguen su propio beneficio!

Weissermann ladeó la cabeza y entornó los ojos.

—¿Ha venido sola aquí?

—Siempre trabajo sola. Bueno…, casi siempre. De cuando en cuando, me asignan un compañero para ayudarme, pero… algunas

veces ese compañero ha tenido muy mala suerte.

Herr Weissermann sonrió fríamente.

—Es cierto. Al menos, tuvo mala suerte su compañero que anoche nos siguió. Franz —señaló a su acompañante— se encargó de él, muy… astutamente. Tiene muy buena vista. Por cierto, Franz, ve a echar un vistazo por ahí. En especial, al patio.

—*Sí*, *herr*.

El llamado Franz salió de la oficina, llevando clavada en su espalda la fría mirada de la agente Baby.

—¿Fue Franz quien mató a mi compañero?

—Desde luego. Pero eso es ya un viejo acontecimiento, señorita Montfort. Hay cosas que me interesan mucho más. Dígame cómo es posible que localizase al estúpido de Lucius Terrell.

—Es un secreto profesional —sonrió Baby.

—Oh… Bueno, entiendo… Imagino que ese desdichado jamás podrá volver a ser útil a la OPE. Por consiguiente…

—Y en vista de eso, cuando haya vendido el microfilme con los bocetos del Transmisor Mental a los rusos, el pobre Terrell será eliminado.

—Naturalmente.

—Es una táctica comprensible. Y, al menos, esa alegría voy a llevarme al otro mundo. Por favor, no deje de matarlo.

—Será complacida. Veamos… Oh, parece que tenemos noticias. Por favor, ¿quiere hacerse cargo del mensaje?

El télex estaba funcionando, y Brigitte se acercó a él. Asió la tira de papel y la sostuvo hasta que el mensaje terminó.

La cortó y la tendió hacia Weissermann, que sonrió astutamente, retrocediendo un paso.

—Puede leerla, si no tiene inconveniente.

Brigitte asintió, miró el contenido de la tira de papel, e informó:

—Está en español. Y dice así: «Asunto atentado en Palma de Mallorca, desbaratado por Brigada de Investigación Criminal española. El personaje abandonó Son San Juan sin novedad. Lo seguimos a París». Vaya… Parece que los españoles no son amigos de jaleos en su territorio. ¿Quién es la víctima del atentado?

—No importa eso. Volvamos a esas pocas preguntas que quiero hacerle, *fraulein*… ¿Hasta qué punto está la CIA en conocimiento de la OPE, sus actividades y su base central en Viena?

—Con gran pesar, debo admitir que solamente yo sé todas esas cosas, *herr* Weissermann.

—¿De veras?

—Ya le he dicho que siempre trabajo sola.

Se oyeron pasos detrás de Weissermann, pero, al mismo tiempo se oía la voz de Franz, informando que era él quien llegaba. Entró en la oficina central de la OPE, miró a Weissermann y movió negativamente la cabeza.

—Todo bien. Sin novedad.

—Entonces —musitó Weissermann—, es cierto que la señorita Montfort ha venido sola… Asombroso. No menos asombroso que esas capsulitas de gas que ha ido repartiendo por toda la casa… ¿Duran mucho sus efectos, señorita Montfort?

—Tres horas, como mínimo.

—Vaya… Es una contrariedad, desde luego. Eso significa que OPE va a estar inactiva durante ese tiempo… Espero que nuestros elementos repartidos por ahí no se alarmen. Bien, ¿qué podemos hacer durante esas tres horas? ¿Se le ocurre algo?

—Podríamos ir al famosísimo Prater vienés, a pasear.

—No está mal —rio Weissermann—. Pero yo tengo otra idea mucho mejor, según creo: Franz va a matarla, y luego la enterrará en el patio.

—La idea me disgusta profundamente, *herr* Weissermann. Tanto como me disgusta su amigo Franz. ¿Sabía usted, *herr*, que la agente Baby siempre ha vengado, de un modo u otro, las muertes de sus compañeros de misión?

—Algo se dice por ahí… ¿Entiendo que usted se sentiría satisfecha si Franz muriese?

—Efectivamente.

—Lo lamento. Sí la complaceré en lo de eliminar a Lucius Terrell, que además de haber demostrado no ser tan listo como él cree, significa un gran riesgo, un grave compromiso para OPE. Pero Franz es un antiguo camarada, muy útil y eficaz. Lo siento, Baby.

—Supongo que tendré que resignarme.

—Haga un esfuerzo —sonrió Weissermann—. Además, ¿no es bello morir en Viena? Usted, para siempre, tendrá la dicha de descansar en suelo vienés, bajo esta blanca nieve, viendo las hermosas montañas azules y blancas… Mátala, Franz. Ahora.

—¡Por favor! —Suplicó Brigitte—. ¿Puedo pedir una última voluntad, *herr* Weissermann?

—Diga lo que sea.

Brigitte sonrió aún más fríamente que Weissermann.

Sus ojos se congelaron de aquel modo que estremecía a cualquier hombre.

—Uno, querido —musitó—, por favor, ayúdame ya.

Capítulo VII

Weissermann y Franz se desconcertaron un instante, para reaccionar inmediatamente, volviéndose hacia la puerta de la oficina central de la OPE.

Es decir, empezaron a volverse. Franz apenas tuvo tiempo de nada. Casi ni de intentar volverse… Recibió un balazo en la nuca que lo mató instantáneamente, tirándolo de bruces a los pies de la espía internacional. Weissermann solo pudo volverse a medias.

Plop.

El segundo disparo silencioso fue en su honor. La bala de la flamante Parabellum del nueve largo de Número Uno, penetró con seco chasquido en su tórax, por la parte derecha, atravesando de lado la tetilla, hundiéndose en lo más profundo del cuerpo de *herr* Weissermann, que lanzó un quejido, soltó la pistola, y tras un brusco movimiento hacia atrás, cayó primero de rodillas y luego de bruces.

Número Uno se metió la pistola en el sobaco, con gesto displicente, rozando su negro jersey, la negra chaqueta.

—Los demás están durmiendo —dijo simplemente.

—Lo sé.

Número Uno sacó un cigarrillo y lo encendió, mirando con relativa curiosidad a su alrededor.

—No parece una organización demasiado importante. No entiendo a esta gente. Se establecen de espías como quien pone un puesto de melones en una calle de Sevilla. Me gustaría saber si son unos imbéciles o unos optimistas.

—Supongo que tendrán un poco de cada cosa. Veamos el fichero, a ver cuántos «empleados» tiene la OPE en todo el mundo.

Número Uno encogió los hombros. A él, ciertamente, esos detalles le tenían sin cuidado.

—Si los efectos de tu gas duran no menos de tres horas, creo que

no debiste usarlo, Brigitte. Tendremos que esperar todo ese tiempo para preguntarles a estas personas dónde está Lucius Terrell.

—Otro fallo mío —sonrió Brigitte—. ¿No es eso?

—¿Dos fallos de Baby? —entornó los ojos Uno—. Demasiados fallos para… Oh, oh, entiendo…

Brigitte había abierto una de las gavetas del fichero metálico, y estaba manejando rápidamente las fichas que había allí. Uno se colocó a su lado, sonriendo secamente.

En efecto, segundos después, la espía internacional extraía una de las fichas, que mostró sonriendo al mejor espía masculino de todos los tiempos.

—*Voilà, mon amour.*

—La ficha de Lucius Terrell… Emmm… Lucius Thomas Terrell, 788, Burton Avenue, Washington, USA. El mismo señor con dirección en el 288 de Beckenstrasse, Viena, Austria. Y el mismo señor, al parecer, está residiendo actualmente en el 65 de la Malden Platz, Viena, Austria. No cabe duda de que los de la OPE, al menos, son muy meticulosos… ¿Crees que Terrell estará ahí, en la Malden Platz?

—Por supuesto.

—Entonces, tendremos que ir a por él.

—Primero dejemos esto bien «empaquetado» para la CIA.

—Yo no trabajo para la CIA —gruñó Uno.

—Pero trabajas para mí, ¿no?

—En esto, no. Si la CIA quiere apresar y destruir a la OPE, que vengan ellos mismos. O que me paguen.

—De acuerdo —rio Brigitte—. ¿Cuánto pides?

—Doscientos cincuenta mil dólares —sonrió Número Uno.

—Aceptado. Ahora, ve a atar sólidamente a la plana mayor de la OPE. Uno a uno y bien atados, querido. Cuando los de la CIA vengan aquí, quiero que se lo encuentren todo hecho. Y de prisa, *signore* Tomasini, que tenemos que ir a buscar a *monsieur* Terrell.

—*Va bene, signorina* —sonrió también Uno.

Salió de la oficina matriz de la OPE, con el cigarrillo colgando de los labios. Brigitte se dedicó en primer lugar a recoger su pistolita. Luego, de sendos puntapiés, tiró a un rincón las de Weissermann y Franz. Echó un vistazo alrededor, y llegó a la conclusión de que había allí tantas cosas que era absurdo llevarse

una sola. Lo mejor sería dejarlo todo como estaba y llamar a la CIA. Se dirigió a la puerta, salió al pasillo, dio un par de pasos y se detuvo, pensativa. Sí… El número de la Malden Platz era el 65. Continuó caminando… y volvió a detenerse, ahora en seco, volviendo vivamente la cabeza. Estaba segura de que había oído un jadeo en la oficina, un gemido… Apercibió su pistolita y volvió sobre sus pasos, velozmente. Pero al llegar a la puerta se detuvo a un lado, con el presentimiento de que algo había cambiado…

Se asomó cautelosamente, mirando hacia donde habían dejado los cadáveres de Weissermann y Franz, y se mordió los labios para contener la exclamación de sobresalto: ¡Weissermann no estaba allí, en el suelo!

Saltó al interior de la oficina, pistola en mano, moviendo los ojos hacia todos lados… Weissermann estaba en un rincón, materialmente colgado de las palancas que, al parecer, formaban el tablero de mandos de la instalación eléctrica de la OPE. No tenía ningún arma en la mano, pero rio roncamente al ver a Brigitte.

—Veinte…, veinte segundos —jadeó—, y usted y su…

Sus piernas se doblaron, sus ojos giraron velozmente. Al caer, ahora en verdad muerto, bajó la palanca de negro mango del cuadro de mandos…

Brigitte dio media vuelta y salió corriendo de allí. Llegó a lo alto de la rampa a toda velocidad, y Número Uno, que estaba amarrando al hombre y la mujer que había en aquel pasillo, la miró expectante.

—Tenemos dieciséis segundos, Uno. ¡Corre!

Por supuesto, Número Uno no preguntó nada. Se incorporó, asió a Brigitte de una mano y echaron a correr ambos por el edificio, a toda velocidad. Necesitaron menos de ocho segundos para llegar a la puerta de la casa.

Y en menos de este mismo tiempo, estaban ya dentro del pequeño Volkswagen de Brigitte, que lo puso en marcha inmediatamente.

—Ignoro la potencia de…

Ante ellos, cinco casas más abajo, una bola de fuego pareció brotar de la tierra, estremeciendo las casas vecinas, que, por fortuna para sus habitantes, no estaban adosadas a la número 15. Sin embargo, cientos de cristales fueron reventados por la explosión en más de cincuenta yardas a la redonda. El Volkswagen se estremeció

un segundo bajo una fuerte oleada de calor… Un montón de piedras y trozos de madera astillada saltaron por el aire, envueltos en humo negro, en llamaradas rojas…

—¿Qué esperas? —Gruñó Uno.

Brigitte partió de allí, girando al máximo el volante, rechinando en el asfalto las ruedas del coche…

* * *

—Parece que has terminado con la OPE —dijo Uno.

—Quedan muchos agentes por ahí, querido.

—¡Bah! Tú y yo sabemos que esas personas se desvanecerán en la vida normal en cuanto dejen de recibir instrucciones y, sobre todo, dinero de la OPE. Los importantes, si así se les puede llamar, eran los que estaban en la casa… Y a esos, el propio Weissermann se ha encargado de eliminarlos. Parece, pues, que solo queda Lucius Terrell. Te lo traeré.

Estaban en Maldenstrasse, muy cerca de donde se ensanchaba para formar la plaza del mismo nombre, que tenía numeración correlativa a la de la calle.

—No —negó Brigitte—. Tú ya mataste a Franz, querido. A Lucius Terrell quiero matarlo yo personalmente.

—De acuerdo. Vamos.

—Tampoco. Quiero subir sola. Uno, esto puede ser una trampa, de manera que subiré yo sola a ver a Terrell. Si no bajo, te ruego que tú acabes este trabajo. Recupera el microfilme que él tiene, Pero, sobre todo, mátalo.

—Si es una trampa, convendría que yo fuese contigo.

—¿Con el riesgo de caer los dos? No. Tú sabes que nosotros no podemos hacer eso. ¿Llevas encima la radio?

—Claro —musitó Uno.

—Te llamaré si puedo. Pero si dentro de diez minutos no te he llamado, ni he salido del 65 de Malden Platz…

Le besó en la boca, notándola rígida, dura. Evidentemente, Número Uno la amaba demasiado. Abrió el maletín y guardó en él la pistolita, así como la radio más potente de las dos que llevaba. Acto seguido, del maletín sacó una boquilla de marfil y brillantes, así como el paquete de cigarrillos que contenía; camuflada

hábilmente, la radio más pequeña, de menor alcance. Miró a Número Uno, sonrió levemente, y volvió a besarle en la dura boca.

—No estés triste, mi amor —susurró—. Tú sabes que Baby siempre vuelve.

Capítulo VIII

Llamó a la puerta, tras haber escondido en el hueco de la escalera de madera el paquete de cigarrillos con la radio. Si no tenía tiempo de usarla, bien estaba allí fuera. Si tenía tiempo de usarla, lo mismo daba llevarla encima que esconderla…

La puerta fue abierta. Pero no por Lucius Terrell, sino por un hombre desconocido. Alto, recio, de cejas espesas, mirada penetrante.

—Perdón —musitó Brigitte—. Temo haberme equivocado.

—¿A quién busca?

—A un amigo… Un americano, Lucius Terrell. Pero ya veo que no es aquí donde…

—Pase. Es aquí.

La puerta se abrió completamente, y Brigitte entró. Se arrepintió inmediatamente de no haber llevado la pistolita. Más aún: de no haber permitido que Número Uno fuese con ella. Además del que le había abierto la puerta, había allí dos hombres más, jóvenes, fuertes, de aspecto menos hosco que el primero… Casi simpáticos, en realidad. Pero…

—Ella busca al americano.

Los dos se pusieron en pie cortésmente, sonriendo. Uno de los que habían estado sentados, sonrió más ampliamente.

—Somos amigos de Terrell —dijo—. Nos citó aquí, hemos acudido a la hora fijada, pero él no está.

—En ese caso…

—No, no, por favor… Quédese, señorita…

—Soy Brigitte.

—Ah…

—Bueno, soy la amiga de Lucius. Yo… Bueno, venía a buscarlo para ir a la Ópera.

—Admirable gusto… ¿Qué función tenemos hoy?

—*L'amore de Diana*, la última obra de Richard Strauss. Su obra póstuma. Es extraño que Lucius no esté aquí…

—Quizás ha tenido que salir por algún recado urgente.

—Sí… Bien, cuando él vuelva, por favor, díganle que Brigitte lo está esperando en el palco… Es un poco tarde…

Se volvió, dispuesta a salir de aquella pequeña y alborotada sala, llena de cuadritos con paisajes nevados, caza mayor… Pero el hombre que le había abierto la puerta le cortó el paso, descaradamente. Al mismo tiempo, la voz del más simpático del trío musitaba:

—Regístrala. Quizá lo tenga ella.

—¿Qué…, qué…?

—Es una especie de broma —dijo amablemente el hombre—. Un juego divertido, Brigitte.

—Pero ustedes no tienen derecho a…

—Cállese —gruñó el que había empezado a registrarla. Y la agente Baby se calló.

Mientras uno de los hombres registraba su abrigo y sus ropas, pasando expertamente las manos por el cuerpo de la espía, el otro abrió su bolsito y empezó a sacar cosas. En cinco minutos, los dos quedaron bastante decepcionados. A excepción del que había registrado su bolsito, que mostró el encendedor de platino y brillantes.

—Es una bonita joya, Brigitte —sonrió.

—Tenga cuidado con él. Dentro hay una cámara fotográfica.

—No me diga…

—Sí, si… Lucius me lo regaló, hace tiempo, cuando nos vimos en Miami. Me entusiasmó el regalo. ¡He hecho fotografías divertidísimas de mis amigos con esa cámara escondida!

—La creo. ¿Hace tiempo que conoce a Lucius?

—Bastante.

—Entonces, y puesto que según parece es su… amiga, ¿por qué no está viviendo con él?

—Oh, no. Lucius me dijo que… que no podía ser, porque no quería que lo viesen conmigo en Viena. Dijo que tenía algo muy breve que hacer aquí, y que luego iríamos a la Costa Azul a pasar una buena temporada, con mucho dinero.

—¿Pensaba hacer algún buen negocio?

—No sé… Claro. Supongo que sí.

—¿Un negocio de quinientos mil dólares, por ejemplo?

—¡Quinientos mil dólares! ¡Oh! ¡Dios mío, eso es muchísimo dinero…!

—Según como se mire —admitió el hombre—. ¿A usted le gustaría tener ese dinero?

—¡Claro que sí!

—Magnífico Y… ¿no daría nada a cambio?

—Oiga, señor… —Enrojeció la hipócrita espía.

—No, no, perdone… No me refería a «eso». Más bien a una pequeña cápsula que podría contener, por ejemplo, una tira de fotos tomadas con la cámara que hay dentro de su encendedor.

—¿Ustedes quieren fotos de mis amigos? Pues no tengo ninguna aquí, desde luego… Oigan, me están haciendo alguna broma, ¿no es cierto?

—Claro… Es todo una broma.

—Pues… si no les importa, seguiremos en otro momento… No quisiera llegar tarde a la Ópera. ¿O no van a dejar que me vaya?

Se quedó mirándoles, con los ojos muy abiertos, asustada la expresión. El hombre lanzó una amable sonrisa hacia la espía, tirándole el encendedor a las manitas.

—Me parece que nos hemos equivocado de persona —dijo—. Perdone si la hemos molestado, pero así estaba preparado con Lucius para reírnos todos un poco.

—Bueno… —Brigitte los miró a los tres, sonriendo—, la verdad es que ustedes parecen simpáticos. Oh, Lucius está tardando demasiado. ¿Le dirán que le espero en el palco?

—Se lo diremos. Feliz velada, Brigitte.

—Gracias… Y buenas noches.

—Hasta la vista.

La dejaron salir del piso. El hombre de las cejas espesas volvió enfurruñado a la salita.

—Ella tiene algo que ver en esto —gruñó.

—Seguramente. Pero quizá no. Iremos con pies de plomo, por si nos equivocamos. Ve con Ivan al coche, y seguidla. Turguev y yo seguiremos esperando a ese Terrell. Aunque es posible que esa chica os lleve a vosotros hasta donde está él. Quizá la haya enviado por delante, como una inocente paloma, para ver cómo están las cosas

aquí.

—No me gusta esto —musitó Turguev—. Parece una trampa.

—No hay por qué alarmarse tan pronto. Quizá sea todo un retraso normal de Terrell, y esa chica sea su amante, su novia o algo parecido, y no sepa en qué avispero la está metiendo Terrell. Pero eso lo sabremos pronto si la seguís y no la perdéis de vista. Si Terrell viene, le atenderemos nosotros, y asunto terminado.

—Está bien. Me voy ya.

* * *

Cuando Brigitte llegó al Volkswagen, Número Uno no estaba allí. Es decir, que había interpretado perfectamente su aviso al detenerse ella, como vacilante, desorientada, y se había apresurado a dejar libre el coche, ocultándose en cualquier lugar de aquella calle. La espía entró en el auto, lo puso en marcha y se alejó, dando la vuelta…, para mirar inmediatamente por el espejo retrovisor. Sonrió fríamente, con desprecio, y sacó la radio del maletín rojo con florecillas azules.

—¿Uno?

—Te están siguiendo. Y mi coche lo dejamos en…

—No te preocupes. Yo me voy a la Ópera. Arriba había tres hombres de la MVD, de modo que solo queda uno ahora…

—Dos. Había otro en el coche, esperando.

—Oh… Bien, eres inapreciable, querido. Lucius Terrell no estaba en ese piso, y los rusos le esperaban. Ahora, dos le esperan a él, y dos me siguen a mí, por si voy a verlo. Cosa poco probable, ya que no tengo ni idea de dónde puede estar. Así que, como te digo, me voy a la Ópera, llevándome a esos dos muchachos detrás. Espero que les guste *de Diana*
L'amore
. En cuanto a los otros dos y a Terrell, no tengo más remedio que dejártelos a ti. Lástima, porque me gustaría ser yo quien matase a ese traidor. ¿Alguna duda, querido?

—Ninguna.

—Ah, otra cosa: esos hombres tenían los quinientos mil dólares, desde luego. O, al menos, una cartera que supongo los contiene. Eso, suponiendo que quieran jugar limpio.

—Jugarán limpio —dijo Uno—. Conozco bien a los rusos. Por medio millón de dólares no quedarán mal con una organización que puede proporcionarles cosas muy interesantes en el futuro. Estamos suponiendo, además, que no hayan tenido tratos anteriormente. Y quizá los tuvieron.

—Todo es posible. Hasta luego, querido. Y vigila bien la posible llegada de Lucius Terrell. Ya sé que es una tontería enorme pedir a Número Uno que haga bien las cosas. *Ciao, amore*.

—*Ciao, divina*. Terrell no se me escapará.

* * *

Lucius Terrell hizo detenerse al taxista antes de llegar a la Malden Platz. Luego, siguió a pie hasta el número 65.

Subió la escalera preocupadísimo. Aterrado era la palabra exacta. Primero, le habían dicho que los rusos ya estaban avisados, y que irían a las siete en punto. Pero a las siete en punto, contra todo lo que es norma en el espionaje, los rusos no se habían presentado a comprar el microfilme con los planos del Transmisor Mental. Entonces, había vuelto a llamar a la OPE, por la radio que le habían facilitado…, y no había obtenido respuesta. Alarmado, muy inquieto, había salido del escondite de la Malden Platz para trasladarse, contra todas las órdenes, al 15 de la Offenhoffstrasse. Ya cerca de allí, había visto la gran llamarada roja que se alzaba hacia el cielo. Y cuando llegó, todo estaba lleno de policías y bomberos…

De la casa número 15 de la Offenhoffstrasse solo quedaban los cimientos.

Y por eso estaba aterrado. Porque sabía que la CIA, fuese por mediación de Brigitte Montfort o de otro agente, había entrado en acción, destruyendo la OPE. Naturalmente, a él debían de estar buscándolo con muy malas intenciones, y…

Sí. Estaba completamente aterrado. Lo único que podía hacer era recoger sus cosas en la Malden Platz y salir de Viena y luego de Austria a toda velocidad. Hacia cualquier parte, no importaba eso…

Abrió la puerta, entró… y se quedó lívido de espanto al ver a los dos hombres, que lo miraban con el ceño fruncido. ¡La CIA lo había encontrado!

—¿Terrell?

—Sí —musitó, abatido. Sabía que era absurdo negarlo.

—Tenemos el medio millón de dólares americanos. ¿Tiene usted el microfilme?

Las palabras brotaban seca, ásperamente de la boca de aquel hombre. Parecía disgustado. Pero eso importaba poco ahora… De pronto, el estado de ánimo de Lucius Terrell cambió, bruscamente, para llevar un poco de alegría a su corazón de traidor. Si aquellos dos hombres eran los rusos, solo querían el microfilme, y pagarían por él quinientos mil dólares.

¿Por qué decirles que la OPE había… desaparecido? ¿Por qué no entregar el microfilme, cobrar los quinientos mil dólares y marcharse? Una fuga con medio millón no es tan triste…

—Sí —se sobrepuso—. Lo tengo.

—Entonces, no perdamos más tiempo. Ya le hemos esperado bastante.

—Bueno… Ustedes no vinieron a la hora que se convino…

—Tuvimos un pequeño contratiempo automovilístico. Nosotros no residimos en Viena, Terrell. Y tenemos que regresar cuanto antes. De modo que terminemos. Aquí tiene los quinientos mil dólares americanos. Espero que no pierda el tiempo contándolos.

Le tiró una cartera de piel a las manos. Lucius Terrell, haciendo lo posible por dominar su nerviosismo, su emoción, la abrió, y se quedó contemplando unos segundos los fajos de billetes. ¡Medio millón de dólares para él solo! Nada del diez por ciento… No, no: todo para él. Indudablemente, con aquel dinero tenía muchas probabilidades de encontrar un lugar donde vivir tranquilamente…

—No los contaré. Me basta con verlos. Les entregaré ahora mismo el microfilme.

Fue a su maleta, la abrió, alzó el doble fondo y, ya este a la vista, abrió un pequeño compartimiento situado en uno de los ángulos. De allí, sacó una pequeña cápsula de plástico, dentro de la cual se suponía que debía estar el microfilme.

Uno de los rusos tomó la cápsula, la abrió…, y la diminuta tira negra, brillante, saltó en sus manos. La cogió por ambos extremos, la colocó al trasluz, estuvo unos segundos examinándola, y asintió con la cabeza. Mientras guardaba de nuevo el microfilme en la cápsula de plástico opaco, habló, sin mirar a Terrell:

—Espero que todo esto no sea una… broma, Terrell. La OPE no duraría ni un día si la MVD se disgustase con ella.

—Lo entiendo. No es broma. Yo mismo conseguí ese microfilme, y garantizo personalmente su autenticidad.

—Mejor para todos. Ah, una cosa: ¿conoce usted a una tal Brigitte? Lucius Terrell estuvo a punto de lanzar un grito de espanto. Pero todo lo que hizo fue palidecer ligeramente y mirar con reprimido sobresalto al ruso.

—¿Por qué lo pregunta?

—Ella estuvo aquí. Dijo que venía a buscarlo para ir a la Ópera juntos, y que es, simplemente, una… amiga de usted. Dio la impresión de que no sabía nada de todo esto. ¿Es así?

Terrell no era tonto del todo, ni mucho menos. Si Brigitte Montfort había estado allí, solo significaba que él tenía a la CIA tras sus pasos. Y si les decía eso a los rusos, que se verían, lógicamente, envueltos en el mismo peligro que él, ellos iban a matarle, se llevarían el microfilme y el dinero…

—Sí… —musitó—. Así es. Es una chica un poco tonta, con la que tengo… ciertas relaciones. Eso es todo. Desde luego, ella no sabe nada de esta clase de actividades mías. Pueden estar tranquilos.

—¿Con toda seguridad?

—Absoluta. Ella y yo nos iremos de aquí lo más pronto posible, a la Costa Azul, y no se habrá enterado de nada.

—Nos alegra oír eso. Llama a Ivan y díselo.

El otro ruso sacó una pequeña radio de bolsillo, la accionó, y comenzó a hablar, en ruso, de modo que Terrell no se enteró de nada, aunque era fácil comprender el mensaje tranquilizador que el soviético estaba enviando con respecto, nada menos, que a la peligrosísima Brigitte Montfort.

Pero, ciertamente, eso le importaba poco a Terrell. Todo lo que quería era que se fuesen de allí, para poder él escapar inmediatamente.

¡Allá se las arreglasen la CIA y la MVD ahora que él tenía el dinero y la OPE había sido destruida!

El ruso terminó su mensaje, guardó la radio, y dijo algo a su compañero, que sonrió, mirando a Terrell.

—Nosotros vamos ahora a la Ópera, mientras nuestros

compañeros nos esperan oyendo *de Diana L'amore*, para regresar a… a nuestro punto de partida. Supongo que usted también irá al palco donde le está esperando Brigitte, pero… no me parece prudente ir juntos.

—Claro… Yo saldré dentro de unos minutos. Tengo que ponerme el esmoquin.

—Oh, sí. Debería llevar uno en el coche, como hacemos nosotros. Adiós, Terrell.

—Adiós. Les acompaño…

—No se moleste.

—Como quieran… Hasta otra.

Los dos rusos salieron de la sala, hacia el pasillo que les llevaría a la puerta del piso. Lucius Terrell casi se abalanzó hacia su maleta, empezando a meter cosas dentro. Saldría de allí a toda prisa. Con tal prisa, que jamás podría nadie alcanzarle…

Oyó abrirse la puerta del piso. Luego, algo como un par de chasquidos, un par de golpes más fuertes en el suelo… La puerta se cerró.

Un par de chasquidos… La comprensión llegó a la mente de Terrell como un mazazo en plena frente. Quedó tan pálido que habría podido ser confundido con un cadáver de varios días. Su boca se secó, de pronto. Aquellos chasquidos… ¡Disparos con silenciador especial, de doble absorción de sonido…!

Se volvió hacia la maleta, sacó la pistola, giró hacia la puerta de la sala…

Plop.

El balazo le acertó en el hombro derecho. Fue un impacto tremendo, de un proyectil del nueve largo, que lo derribó de rodillas, tras obligarle a girar sobre sí mismo una vez, perdiendo la pistola.

Quedó así, de rodillas, gimiendo, mirando hacia la puerta desconcertado y asustado. No conocía a aquel hombre completamente vestido de negro, tan bronceado que su rostro parecía de auténtico bronce. Medía algo más de seis pies, tenía los ojos negrísimos, las manos grandes, nervudas, bellas y fortísimas a la vez; un mentón recio, agresivo, una boca que era como una cuchillada en una roca… La enorme Parabellum no se movía lo más

mínimo, firme, como clavada en aquella mano asombrosamente fuerte, viril, bella… De artista.

—¿Quién… quién es usted…?

—Soy Número Uno, Terrell Un espía privado, enamorado hasta la muerte de Brigitte Montfort. Ella tiene un mensaje que darle.

—¿Bri… Brigitte Montfort?

—Ella misma. Escúchela, Terrell… —Accionó una radio que sacó del bolsillo con la mano izquierda, y dijo—: Adelante, querida. Lo tienes de rodillas.

La dulce, incomparable voz de Brigitte Montfort brotó del pequeño aparatito como un chorro helado:

—Amor, no me molestes ahora. Estoy disfrutando del *bel canto*.

—¿No tienes nada que decirle? —Sonrió Uno.

—Nada —se oyó de nuevo a Brigitte—. Mátalo. Es todo.

Número Uno guardó la radio y se quedó mirando al lívido, demudado, aterrorizado Lucius Terrell, que alzó su brazo sano en gesto de súplica.

—No… ¡No! Por Dios, señor Número Uno, no… Tengo…, tengo medio millón de dólares… ¡Para usted! Podemos engañar a esa mujer…

Plop. Plop. Plop.

* * *

La representación de *de Diana*
L’amore
estaba resultando un completo éxito. Por todo, absolutamente por todo. La partitura, la calidad de los artistas, los decorados, el marco de la Opera de Viena, en la céntrica Karnner Strasse, casi en el cruce con las Opernring y Wiedned Hauptstrasse… Desde el exterior, el famosísimo edificio de la Opera de Viena era una llamarada rutilante de luz.

En el interior, cientos de joyas resplandecían en la platea, en los palcos. Damas elegantísimas con grandes escotes, pieles, belleza por todas partes. En el grandioso escenario, la obra póstuma de Richard Strauss estaba siendo magníficamente interpretada.

Y en aquel bello marco, solitaria en un palco, la más bella mujer de la Ópera, de Viena, del mundo… Maravillosa con su elegante,

serio y a la vez atrevido vestido de noche. Resplandecía aún más que todas las joyas juntas que había ante ella, por debajo de ella… Unos preciosos prismáticos de color rosa en su manita derecha. Unos prismáticos que no solamente eran enfocados al escenario, sino a un punto de la platea donde dos hombres alzaban continuamente la cabeza hacia ella. Uno de ellos había salido unos minutos antes, justo en medio de un acto, ganándose no pocas miradas de censura. Al regresar, había susurrado unas palabras al oído de su compañero. Habían mirado sus relojes… Más tarde, finalizando el primer acto, el mismo de antes se había vuelto a levantar. Parecía muy inquieto. Salió de la platea… y todavía no había regresado cuando terminó el primer acto.

La más bella dama del mundo había aprovechado el primer entreacto para salir al salón, porque tenía todo el derecho del mundo a lucir su sin par hermosura.

Cuando sacó un cigarrillo, media docena de hombres elegantísimos, con sus impecables esmóquines, habían saltado literalmente hacia ella, encendedor en ristre. Uno cualquiera fue el elegido, pero ninguno se alejó de la bellísima dama del blanco abrigo de visón, sus rostros resplandecían de admiración, sus sonrisas eran apoteósicas, parecían estar en el paraíso…

Cuando tuvieron que volver a sus localidades, estaba bien claro que todos ellos habrían preferido continuar conversando con la hermosísima, divina, encantadora, simpática muchacha de los más grandes ojos azules que veían el mundo. Incluso el ruso que desde la entrada al salón no la había perdido de vista ni un segundo pareció decepcionado.

A mitad del segundo acto, o poco menos, regresó el otro hombre. Se le veía apresurado, un poco brillante su frente por un ligero sudor.

Musitó algo al oído del que había permanecido en la Ópera, y el rostro de este se tensó, se demudó un instante. Miró hacia la bella dama, pero el otro movió negativamente la cabeza, y de nuevo se puso en pie, ganándose ya el decidido enojo de los espectadores vecinos.

Los dos salieron de la Ópera.

Una de las delicadas manitas de la bella dama accionó un pequeño botoncito de un aparato poco más grande que un paquete

de cigarrillos, y se inclinó sobre él.

—¿Uno? —susurró—. ¿Qué ocurre?

—Tus admiradores regresan a… a no sé dónde.

—¿Me abandonan? —Sonrió la dama.

—No les interesas. Terrell les convenció de que eres una pobre y tonta muchacha. ¡Pobre Terrell!

—Descanse en paz.

* * *

La espía más hermosa de todos los tiempos entró en su *suite* alegremente, con su pasito menudo y airoso. Había sido una agradable velada. Muy agradable.

Tiró el abrigo de visón sobre el sofá y miró hacia la puerta del dormitorio.

—¿Uno? —llamó quedamente.

El atleta vestido de negro apareció en la puerta del dormitorio, con una copa de champaña en cada mano. Y en el fondo de cada copa, una roja guinda, brillante entre las doradas burbujas.

Brigitte tomó una de las copas y bebió un sorbito. Alzó vivamente las cejas hacia el viril hombre que tenía ante ella.

—Oh…

—Siempre llevo conmigo un par de botellas de Perignon 55. Y guindas. Nunca se sabe por dónde puede aparecer mi amada Baby.

—Piensas en todo. ¿Y el microfilme?

—Lo tengo.

—¿Los quinientos mil dólares?

—Los tenemos —sonrió Número Uno—. ¿Qué harás con tus doscientos cincuenta mil?

—Seré más rica.

—¿Tú… o tus ancianitos de la Residencia Benéfica que hay en el estado de Nueva York?

—Todos seremos más ricos. ¿Has separado tu parte?

—Acéptala como un regalo.

—Lo sabía —sonrió Brigitte. Número Uno desvió la mirada.

—¿Estarás muchos días en Viena todavía? —preguntó.

—A ver… Déjame contar… Quedan tres representaciones de las cinco que tengo previstas… Pero como no hay función

diariamente… No sé. Una semana, por lo menos.

—Bien… Te deseo una feliz estancia en Viena —Número Uno terminó su champaña y señaló hacia la mesita de noche—. Considera un regalo el resto de la botella.

—¿Más regalos, querido? Pero, dime… ¿Adónde vas?

—A Villa Tartaruga.

—¿Ya te sientes… anciano?

—Todavía no.

—Entonces, quédate.

—¿En Viena?

—En Viena. Conmigo. Aquí mismo y ahora.

—¿Me ofreces… una semana entera contigo? —musitó Número Uno. Brigitte dejó su copa y rodeó con sus bracitos desnudos el cuello del mejor espía masculino habido y por haber.

—Amor —musitó—, cualquier día, una de estas cosas que hacemos con tanta sencillez ahora, nos saldrá mal. Cualquier día, yo sabré que mi Número Uno ha muerto, o tú sabrás que Baby ha sido vencida, al fin. No sé qué pensarás al respecto, querido, pero yo, cuando me maten, cerraré los ojos y mi último pensamiento será para ti, para aquellos días de Viena…

Este es el final

Los pasajeros del vuelo Viena-París-Nueva York estaban apareciendo ya en el vestíbulo. Y, sin duda de ninguna clase, aquella hermosa muchacha de los ojos azules había sido nombrada, por lo menos, *Miss* Vuelo 118…

—¡Hey! ¡Brigitte!

La pasajera bellísima cerró los ojos, resignada. Cuando los abrió, no solo tenía ante ella a Frank Minello, chillando como un energúmeno y agitando un ramo de rosas rojas, sino a varios compañeros más del periódico… Incluso estaba allí Miky Grogan, su jefe periodístico, con una tremenda sonrisa increíble en él, de oreja a oreja, y, ¡oh, asombro de asombros!, con otro ramo de rosas rojas en las manos. Todos hablaban, todos gritaban…

—Calma, calma… ¿Qué es lo que pasa aquí?

—¡Tus artículos! —aulló Minello—. ¡Ha sido el más sensacional éxito en qué sé yo cuántos años! ¡Qué finura de expresión, qué conocimiento de la música, qué poder descriptivo de la Viena dulce, de la Viena romántica…!

Brigitte, sonriendo, alzó de pronto las cejas, al ver, un poco más allá, fruncido el ceño, a tío Charlie, que se mantenía en la sombra de la cual no debe salir un espía. A su lado, sonriente, el gigantesco Simón de la Floristería Charlie. Brigitte les envió un besito moviendo apenas los labios, y hasta Pitzer sonrió.

—¡… Y ese modo de describir la vida en la Viena de los enamorados! —Seguía Minello—. ¡Ha sido formidable! No solo en la crítica de cada ópera representada, sino en todo… Pero, sobre todo, lo que se ha ganado el corazón de los lectores, han sido esos artículos complementarios sobre la vieja, hermosa, dulce ciudad vienesa. Se han recibido miles de cartas, asegurando que la persona que escribía esos artículos estaba enamorada, que alguien le estaba enseñando hasta el último rincón del corazón de la vieja Viena. Un

vienés residente en Nueva…

—Ya está bien, Frankie —rio Brigitte—. Gracias a todos, por haber venido a esperarme. Y… realmente, jamás podré olvidar… aquellos días de Viena…

FIN